



LLAMADA  
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

# INTRODUCCIÓN AL NUEVO TESTAMENTO

EXPONE

• Eduardo Cartea Millos •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



## Clase 3

### III. La vida de los judíos en el siglo I

1. Profesiones y oficios
2. Situación social
3. La mujer en la sociedad
4. El sumo sacerdote
5. Las calamidades de Jerusalén
6. El templo de Herodes
7. Lenguas de Palestina
8. El Sanedrín
9. El calendario y las fiestas
10. La sinagoga
11. Los escritos religiosos
12. La Septuaginta
13. Grupos sociorreligiosos



## III. La vida de los judíos en el siglo I

### 1. Profesiones y oficios

La actividad típica en esta época era el artesanado. El artesano era dueño de todo el sistema de producción vinculado a su producto: la fabricación, la promoción, la venta y la logística.

Los judíos estimaban las profesiones. Rondaba un dicho en la época que decía que el que no enseñaba una profesión a su hijo, le enseñaba entonces a ser un delincuente. Sin embargo, el artesanado era la profesión más estimada, en parte, porque era común que los escribas se dedicaran a vender algún producto manufacturado. Pablo había estudiado en Jerusalén para ser *skenopios* ‘fabricante de tiendas’, o según otros, tejedor de tapices o de telas de tiendas. Los doctores de la ley mencionados en el Talmud se dedicaron a la sastrería, la fabricación de sandalias o zapatos, carpintería, curtiembre, arquitectura o barquería.

Más allá de considerar los oficios como algo importante, muchos de ellos eran despreciados a causa de que eran sucios, fraudulentos, o estaban relacionados con mujeres.

Judea perteneció a la provincia de Siria, por lo que estaba subordinado a su Gobierno. Esto hizo que comercialmente ambos lugares compartieran sus productos. Los productos sirios más significativos eran la lana: tapices, mantas, tejidos; y los ungüentos y resinas olorosas. Por lo tanto, podemos hallar estos objetos en la lista de los comerciados en Jerusalén. La lana siria era trabajada por los jerosolimitanos, sobre todo como una de las obligaciones de la mujer en el matrimonio, las cuales conseguían las lanas en los bazares de la ciudad, las cardaban e hilaban, dejándolas listas para tejer. De aquí surge el arte textil, una profesión que pertenecía tan solo a las mujeres. Había industrias textiles llevadas a cabo por hombres, pero eran completamente despreciadas, tanto que un hombre tejedor no podía ser nunca sumo sacerdote. El rincón de los tejedores se encontraba en el despreciado barrio de Sha’ar Ha’ashpot ‘la Puerta del Estiércol’.

Un oficio muy ligado al de tejedor era el de batanero, quien impermeabilizaba la pelusilla de la lana de los tejidos que provenían del telar para convertirla en fieltro. Aunque habitaban en Jerusalén, en un barrio situado en la parte alta de la ciudad, la mayoría de ellos no eran judíos. Luego se destacaba el sastre, donde se conoce que había un gran mercado de vestidos en la ciudad nueva de Jerusalén. Los sastres no solo trabajaban con las industrias vinculadas a la lana, sino también con la industria del cuero, aunque no se ha podido cerciorar si existían curtidurías en Jerusalén. De todas formas, sabemos que la piel de la víctima de todos los sacrificios, aún aquellos considerados impuros por alguna razón, era propiedad de los sacerdotes, por lo que podemos suponer que muchos de ellos se dedicaban al arte de



trabajar con el cuero o fabricaban sandalias.

También hay documentos históricos que hablan acerca de un bazar de herreros (operarios del bronce y el hierro) en la ciudad nueva. Una profesión que prosperó en los días de la guerra judeo-romana, convirtiéndose en una industria bélica.

Los talleres de los alfareros se encontraban fuera de Jerusalén, pues, así como los herreros no podían trabajar durante los días festivos y semifestivos a causa de que estaba prohibido generar sonidos fuertes, el alfarero era excluido por el humo que generaba. No obstante, se conoce una casa de alfarería en Jerusalén del cual nos habla Jeremías 18:2-3, mientras que Mateo 27:7 menciona el Campo del Alfarero (tal vez como una referencia al pasaje de Jeremías).

Entre los productos alimenticios debemos mencionar el aceite. Los alrededores de Jerusalén estaban provistos de grandes olivares, un indicio de esto son los nombres de accidentes geográficos o ciudades vinculados a esto, por ejemplo, el Monte de los Olivos y Getsemaní ('prensa de aceite') a los pies del monte. Parte del aceite para el templo se traía desde Perea.

Jeremías 37:27 nos da a entender que en una época antigua existieron panaderos. Algo no evidente, ya que el pan comúnmente era un artículo casero.

Una de las calles de Jerusalén era llamada "la calle de los carniceros", pues allí se agrupaban quienes se dedicaban a esta industria. Además, existía un mercado en la ciudad donde se vendían aves cebadas. Por otra parte, se encontraron documentos de la época que hablan de un ateniense que proveía a Jerusalén de quesos y huevos.

Otra profesión muy singular era la del aguador, quien se favorecía en los tiempos de sequía, cuando las fuentes se secaban y las personas debían pagar para adquirir cántaros con agua (mencionado en Marcos 14:13).

También se elaboraba en Jerusalén ungüentos y resinas aromáticas. Se dice de las mujeres galileas, que acompañaron a Jesús junto a la cruz, que compraron perfumes para su embalsamiento y que Nicodemo fue al sepulcro con una mixtura de mirra y aloe.

La corte herodiana hizo prosperar los artículos de lujo, como la artesanía de objetos artísticos. Sabemos que en tiempos del apóstol Pablo existía en Éfeso una industria de platería (Hechos 19:23-40).

Entre las profesiones artísticas estaba también la del fabricante de sellos y la del copista.

Por otra parte, una industria muy importante, sobre todo en la época de la familia Herodes, fue la construcción, donde su principal elemento fue la piedra. Esta industria no solo se encargó de la edificación y ampliación de edificios, puentes, caminos, etcétera, y de su conservación, sino también de la escultura, sobre todo de sepulcros y monumentos funerarios.

Quienes también se encargaron de la conservación, sobre todo de las calles, las fuentes, las cisternas y los desagües eran los limpiadores, profesión que se despreciaba por vincularse con lo sucio. Un sector



de estos eran los “barrenderos de las calles”, puesto que las calles de Jerusalén se barrían todos los días.

Otra profesión despreciada fue la de los “guardianes del sepulcro”, una medida de seguridad para los cementerios.

Existían otras profesiones importantes en Israel como la del sangrador, cirujano, barbero o circuncidor, a los cuales se les daba el título de médicos. En Marcos 5:26 y Lucas 8:43 vemos cómo una mujer es sanada por Jesús luego de haber acudido a muchos médicos.

En lo que respecta a los quehaceres del hogar, lavar la ropa sucia era una tarea dada a las mujeres, sin embargo, se podía acceder a lavadores profesionales.

Por último, se encontraban los cambistas, quienes estaban relacionados con el templo. Estos cambiaban el dinero considerado profano de otras naciones por las monedas que circulaban en la ciudad.

En resumen, las profesiones más importantes eran la artesanía, la construcción de todo tipo, la industria textil y la aceitera.

## 2. Situación social

Sin duda, los más ricos de la sociedad eran los soberanos. La familia herodiana levantaba grandes edificios y ofrecía fiestas con espectáculos magníficos. Luego estaban los miembros de la corte, los cuales eran más visibles por la población. La corte administraba la vida oficial de todo Judea. Si nos remitimos al palacio, en la entrada, tenemos los puestos de guardia. El propio Herodes tenía una importante guardia personal en su palacio: la mayoría de ellos eran esclavos, aunque había también libertos y eunucos. Al servicio del rey estaban también los cazadores reales, los barberos de la Corte y los médicos de cámara. Además, destacados en el servicio al rey se encontraban los verdugos.

Dentro del palacio nos encontramos con los funcionarios de la Corte: el secretario del rey, encargado de la correspondencia, el tesorero real, y los hijos de algunos nobles que eran *syntrophoi* (criados juntos) con los príncipes. Hechos 13:1 menciona a Manaén, un *syntrophoi* de Herodes Antipas. Luego tenemos al guardaespaldas real, llamado *somathopylax*, quien comúnmente era un *syntrophoi* del rey, al jefe de la caballería, al copero, al trinchante y al camarero (eunucos). Estos últimos tres eran personalidades influyentes, sobre todo la del camarero, quien tenía acceso a la habitación y aposentos reales, donde se encontraba el rey y sus parientes, los primeros en la Corte. Además, encontramos en el palacio historiadores, filósofos y retóricos amigos del rey. Luego, a nivel militar, estaba el comandante en jefe de las tropas y el comandante de campo (del cuartel cercano al palacio). Por último, siempre había huéspedes en el palacio del rey, quienes abandonarían la casa real con costosos regalos. El ingreso de los soberanos provenía de los impuestos. Josefo calcula que, en tiempo de los Herodes, la población de Judea aportaba al rey de 760 a 960 talentos anuales, aunque si se consideran los territorios fuera de



Judea, como Gaza, Gadara, etcétera, sin duda, los ingresos llegaron en algunos reinados a 1200 talentos (consideremos que un talento es más de 15 años de trabajo de un jornalero, quien cobraba aproximadamente un denario al día). Además, los reyes se enriquecían también con los bienes confiscados a los nobles de su reino cuando, por alguna razón, eran ejecutados. Por otra parte, las minas pertenecían a la corona. Como si esto pareciera poco, los “regalos” al rey (sobornos) se sumaban a su riqueza.

Los ricos en la sociedad eran claramente distinguibles por sus casas, sus vestidos, por los sacrificios en el templo, y por los monumentos funerarios de sus familiares cercanos. Sin embargo, algo característico de las personas ricas en ese tiempo era la celebración de banquetes, donde el anfitrión se distinguía por el número de invitados o por el buen servicio a sus huéspedes. Allí se servía el vino en vasos de cristal, y luego danzaban. Se acostumbraba a enviar mensajeros con las invitaciones el mismo día del banquete, independientemente de la invitación anterior.

En Jerusalén se solía invitar a todos los pobres al banquete pascual y, en ciertas ocasiones políticas, “toda la población de Jerusalén” era invitada, por ejemplo, ante la visita de un gran mandatario o un evento de interés nacional.

Entre los representantes de la clase adinerada estaban los grandes negociantes, los terratenientes, los recaudadores de impuestos y los rentistas. También había miembros del Sanedrín que eran muy adinerados, como es el caso de Nicodemo. Con respecto a los negociantes, los había de trigo, vino, aceite y madera. También José de Arimatea, miembro del Sanedrín, era calificado como *eyschemon* (‘gran terrateniente’).

La nobleza sacerdotal, por su parte, vivía de manera privilegiada, como era el caso de los sumo sacerdotes Anás y Caifás. Según la tradición, las casas de las familias sacerdotales estaban provistas de un gran lujo. No todos los sacerdotes vivían de la misma manera, pues la nobleza sacerdotal tenía acceso a los tesoros del templo y se adueñaba del negocio de animales para el sacrificio, esto sin contar los casos de corrupción.

Luego de la clase rica, hubo en Palestina una clase media, representada por los *kapeloi* (pequeños comerciantes) que poseían una tienda y los artesanos dueños de sus talleres. Dentro de la clase media, los ingresos variaban mucho, pero podemos decir que los que se encontraban mejor económicamente eran aquellos que habían podido asociarse con el templo y aprovechar el peregrinaje a Jerusalén. Los empleados del templo eran bien pagados. La industria del hospedaje vivía exclusivamente de los peregrinos. En tres de las fiestas judías: la Pascua, la Fiesta de los Tabernáculos y en la ofrenda de las primicias, las personas debían pasar la noche en Jerusalén. La peregrinación ayudaba también en el comercio de víveres y el abastecimiento para las celebraciones. También la industria de la carne prosperaba en las fiestas, gracias a las cantidades de banquetes que se celebraban, donde se consumía



gacela o res cebada. Lo mismo sucedía con la industria del vino, el aceite y el pescado.

Curiosamente, la industria textil se beneficiaba en estas épocas, donde las mujeres compraban vestidos multicolores o blancos de lino.

Los sacerdotes pertenecían también a la clase media. La mayor parte de ellos vivían dispersos por todo Palestina, distribuidos en veinticuatro secciones sacerdotales. Es sabido que los sacerdotes no gozaban de los ingresos que la ley les otorgaba, pues no eran observadas por completo estas prescripciones, a no ser los siguientes pagos, que muchas veces no se cumplían de la forma prescrita: la participación de las víctimas para aquellos sacerdotes que oficiaban en el templo, junto a sus pieles; las primicias de los productos agrícolas, y el diezmo de los productos agrícolas. Este último generó conflicto con los levitas, quienes pretendían recibirlo.

Los pobres en Palestina eran representados por los jornaleros y por quienes vivían de la ayuda recibida. Se sabe de la existencia de esclavos en la época de Jesús, aunque parece ser que no desempeñaron tareas rurales, sino que eran destinados a las ciudades para el servicio de las casas, aunque no hay datos de que se trate de un gran número, exceptuando aquellos que servían al rey. Era más común encontrarse con libertos, pues, desde la época macabea, era casi imposible que hubiese un esclavo judío de nacimiento sirviendo en la casa de un judío.

Los jornaleros, sin embargo, eran mucho más numerosos que los esclavos. Los jornaleros ganaban por jornada un denario, incluido la comida. Eran contratados por hombres ricos para distintas tareas. El pobre que vivía de la casa de palomas debía cazar al menos cuatro, pues ofrecía dos en sacrificio. Con el precio de la tórtola de un octavo de denario, su ganancia diaria era de un cuarto de denario: un jornal realmente bajo. El jornalero dependía en todo de su trabajo, por lo que la falta de este generaba una crisis mucho más grande de lo que podemos imaginar.

Había estratos de la población que vivían de manera parcial o total de las ayudas recibidas. Uno de estos eran los escribas y rabinos, quienes no podían cobrar por su actividad. Muchos escribas y rabinos vivían de sus oficios, pero recibían también la colaboración y gratitud de sus discípulos, en algunos casos del diezmo de los pobres y en otros de las ayudas de la caja del templo. Al no recibir sustento, los escribas estaban exentos del pago de impuestos. Muchos escribas se aprovechaban de la hospitalidad de personas económicamente modestas. Sin embargo, hay evidencias de que algunos que servían en el templo, contaban con un salario fijo que se pagaba con el dinero de los impuestos anuales; también recibían salarios aquellos escribas que servían como jueces en el Tribunal de Jerusalén, quienes recibían al parecer un talento. Exceptuando estos últimos casos, los escribas pertenecían a la población más pobre de Palestina.

En la época de Jesús, Jerusalén era un centro de mendicidad. La costumbre de dar limosna se había extendido, por lo que aparecían simuladores que se hacían pasar por sordos, hinchados o cojos. A su



vez, los leprosos mendigaban a la puerta de la ciudad, en el camino de Getsemaní, pues tenían prohibida la entrada. Con excepción de los leprosos, los mendigos solían rodear los lugares santos de Jerusalén. La mayoría de ellos sufría algún problema físico que le impedía valerse por sí mismo en la sociedad palestina. Los ciegos, los mutilados de algún miembro, tullidos o con deformidades, tanto judíos como paganos, solían pedir limosna a la puerta del templo.

Sin duda, la delincuencia obtenía la forma de la clase social, sin embargo, eran reconocidos entre los pobres un grupo numeroso de personas sin escrúpulos, que se endeudaban e iban de banquete en banquete para que los alimentaran a través de engaños. Muchos de ellos eran ladrones que se aprovechaban de los peregrinos, viviendo una vida parasitaria.

### 3. La mujer en la sociedad

Como en todo Oriente, la mujer judía de los tiempos de Jesús no participaba en la vida pública, por lo menos en aquellas familias fieles a la ley.

Cuando las mujeres judías salían de sus casas, debían llevar dos velos sobre la cabeza: una diadema sobre la frente, con cintas colgando hasta la barbilla y una malla de cordones y nudos, haciendo poco reconocible los rasgos de su rostro. Si no cumplía con este requisito, la ofensa era tal que el propio marido podía repudiarla sin pagarle la suma estipulada en el contrato matrimonial. Debido a esto, algunas mujeres eran tan estrictas que utilizaban el velo también dentro de la casa. La única vez que aparecía una mujer en público con la cabeza descubierta era el día del cortejo matrimonial, siempre y cuando se tratara de una virgen y no de una viuda.

La consigna para las mujeres era pasar inadvertidas. Estaba prohibido encontrarse con una mujer a solas, mirar a una mujer casada y saludarla. Una mujer vista hablando en la calle con los hombres era inmediatamente repudiada, arriesgando así perder el dinero acordado en el contrato matrimonial en caso de divorcio.

Si se trataba de una joven que se acercaba al matrimonio, se prefería que directamente no saliese de su casa.

Sin embargo, no debemos generalizar. En las cortes de los gobernantes no practicaban estas costumbres, sino que muchas mujeres tenían una participación muchas veces a la par de los hombres.

Además, en aquellas familias que guardaban las costumbres, también se daban algunas excepciones. El 15 de Ab y el día de la expiación, las muchachas bailaban ante los jóvenes en las viñas de los alrededores de Jerusalén. Además, la población más pobre no podía darse el lujo de prescindir de la ayuda de las mujeres, quienes ayudaban a sus maridos en sus profesiones. Por lo tanto, podemos decir que dichas costumbres eran llevadas a cabo por personas con buena posición económica.



La zona rural era más libre en sus costumbres: las jóvenes iban a la fuente, trabajaban con sus maridos e hijos en el campo, vendían su mercadería a la puerta, etcétera. Todo indica que estas mujeres no observaban la costumbre de cubrirse la cabeza. Sin embargo, una mujer no debía estar sola en el campo ni los hombres ponerse a hablar con una mujer extraña. Eso precisamente fue lo que sorprendió a los discípulos de Jesús cuando este habló con la samaritana.

Las hijas en la casa paterna eran formadas en los trabajos domésticos, en la costura y en el cuidado de los hermanos pequeños. También debía cuidar a su padre: alimentarlo, darle de beber, vestirlo si era necesario, cubrirlo, sacarlo y entrarlo a su hogar de viejo, lavarle la cara, las manos y los pies. No obstante, no tenían los mismos derechos que sus hermanos varones, ni que su descendencia, respecto a la herencia. La *patria potestas* de las hijas menores (hasta los doce años y medio) pertenecía exclusivamente a su padre. Las hijas se clasificaban en este tiempo en *quetannah* (la menor, hasta los doce años y un día), *naarah* (la joven, entre los doce y los doce años y medio) y *bogeret* (la mayor, luego de los doce años y medio). Hasta no hacerse mayor, la hija no podía disfrutar del fruto de su trabajo y todo lo que tenía le pertenecía a su padre, además de no tener ninguna decisión sobre sí misma, siendo representada en todos los asuntos legales y aceptando o rechazando la petición de matrimonio, su progenitor podía incluso casarla con un deforme. Además, podía venderla como esclava, pero debía ser liberada a la edad de doce años.

La hija mayor, sin embargo, era autónoma y debía dar el consentimiento para casarse, aunque el precio de la dote matrimonial seguía fijándolo el padre. Esta potestad de los padres hacía que muchos de ellos vieran a sus hijas como una posibilidad de hacer dinero.

Una vez que se casaba, la mujer pasaba a pertenecer a su marido. La Torá incentivaba a las hijas sin hermanos varones, es decir herederas, a casarse con alguien de la misma tribu (Nm. 36:1-12), y aunque no se encontraban en un sistema tribal, aún seguían obedeciendo este tipo de leyes, cambiando el concepto de tribu por el de familia. Por ende, era muy común que se casaran con su primo o tío, no solo en la realeza, donde estaba muy extendido.

El contrato matrimonial dejaba en claro la *qinyan* (la adquisición) de la novia por el novio. Si la esposa quedaba viuda, era repudiada por un libelo de divorcio, y si cometía adulterio era condenada a muerte. La situación de la esposa judía no distaba mucho en su trato de la esclava pagana, con excepción del vínculo sexual y la posesión de bienes, aunque sin disponer de ellos.

Dicho esto, tenía obvias ventajas sobre las esclavas: en caso de divorcio, el contrato matrimonial establecía un pago a la mujer. Además, la mujer podía denunciar a su marido ante los tribunales por no ser sostenida por este, lo que implicaba un incumplimiento de lo establecido en el contrato matrimonial: alimentación, vestido, alojamiento, deberes conyugales, rescate de su mujer en caso de un eventual cautiverio, medicamentos y sepultura digna en caso de muerte y el discurso fúnebre.



Las mujeres se ocupaban de los quehaceres del hogar: moler, coser, lavar, cocinar, amamantar a los hijos, hacer las camas, elaborar la lana. Era una condición de servidumbre, para nada una división de tareas. La obediencia de la mujer a su marido (*rab*) era un deber religioso. La autoridad de la madre respecto a los hijos podía ser desautorizada por el padre, pues la mujer estaba sujeta a la voluntad de este. Además, en caso de peligro de muerte, el padre debía ser rescatado primero, luego su descendencia y, por último, la mujer.

En las familias más pudientes se permitía la poligamia, por lo que la mujer debía soportar la existencia de concubinas, aunque estos casos no eran muy frecuentes. Tampoco los divorcios eran frecuentes, puesto que, al no tener la mujer la potestad de sus hijos, el divorcio con su marido implicaba separarse de ellos.

Dentro de estos límites, la situación de cada mujer era distinta, dependiendo del apoyo que encontraba de sus hermanos, sobre todo si el vínculo se había producido entre sobrina y tío. Las mujeres con hijos varones eran más respetadas que aquellas que, o no tenían hijos o parían solo mujeres. La mujer viuda quedaba ligada a su marido cuando este moría sin hijos, hasta volverse a casar por la ley del matrimonio levirático, o que el hermano del fallecido se negase a casarse con ella, lo que no le permitía volver a contraer matrimonio.

La mujer no podía ser obligada a participar de las fiestas judías ni a estudiar la Torá. Esto último era destinado tan solo a los hombres. Respecto al templo, solo podían acceder al Atrio de los Gentiles y al Atrio de las Mujeres, siempre y cuando no estuviesen en su período o hayan parido a un varón en los últimos cuarenta días, o a una mujer en los últimos ochenta. En el servicio litúrgico, la mujer se limitaba únicamente a escuchar, y en sus hogares no podían pronunciar la bendición luego de la comida.

En lo que respecta a lo judicial, las mujeres no podían, en casi ningún caso, presentar testimonio, pues era considerada mentirosa.

El Señor Jesús no solo puso a la mujer en igualdad social con el hombre, sino que la puso en igualdad espiritual. El que dejase que las mujeres lo siguieran, que se sentaran junto a él, el respeto con las que las trataba, además de sus enseñanzas sobre el matrimonio son acciones realmente revolucionarias para su época.

#### **4. El sumo sacerdote**

Más allá del Gobierno en turno, el Israel del siglo I era una auténtica teocracia. Esta es la razón por la cual el clero formaba parte de la nobleza y el sumo sacerdote, por lo menos en la época donde no había rey, era el miembro más importante de todo el pueblo.



El *kohen gadol* ('sumo sacerdote') cumplía un rol cultural de suma importancia. Su función le confería la *qedussat olam* o *character indelebilis* ('eterna santidad'), lo cual lo capacitaba para interceder por la expiación de todo el pueblo en calidad de vicario de Dios, en el sentido de representación. Tanto es así que su muerte producía virtud expiatoria. Tras la muerte del sumo sacerdote, todos los homicidas que habían huido hacia los lugares de refugio eran liberados y podían volver a sus casas. En síntesis, la muerte del sumo sacerdote expiaba los homicidios culposos.

Los sumo sacerdotes vestían ocho ornamentos, los cuales representaban la virtud expiatoria: cada una de las ocho piezas expiaba determinados pecados.

Dentro de los privilegios de su cargo, era el único que contaba con el permiso de entrar en el Lugar Santísimo un día al año. El día de la expiación, entraba tres veces a la presencia de Dios para interceder por el pueblo. Sin embargo, este privilegio debía hacerse obedeciendo minuciosamente las normas litúrgicas, con el fin de no provocar la ira de Dios. El sumo sacerdote debía realizar sus obligaciones con temor y temblor, sobre todo cuando se introducía a este lugar oscuro, vacío y silencioso, detrás del doble velo.

Por otra parte, el sumo sacerdote tenía sus prerrogativas: podía participar de la ofrenda de un sacrificio siempre que lo deseara, ofrecer un sacrificio aun estando de luto (algo prohibido para los demás sacerdotes), elegir primero lo que quería en la distribución de las cosas sagradas (un sacrificio penitencial, que implicaba la misma cantidad de ganado que de aves; un sacrificio expiatorio, una parte de las ofrendas alimenticias, cuatro o cinco de los panes de la proposición que se distribuía semanalmente, uno de los dos panes de las primicias para la fiesta del Pentecostés o una piel de los holocaustos).

El sumo sacerdote era además presidente del Sanedrín, la suprema autoridad administrativa y judicial de los judíos. Los crímenes cometidos por el sumo sacerdote solo podían someterse ante la autoridad del Sanedrín.

La ley no daba al sumo sacerdote otra responsabilidad que la de officiar el día de la expiación, sin embargo, cumplía con algunas obligaciones litúrgicas añadidas por la costumbre: participaba en la ceremonia donde se quemaba una vaca roja y actuaba en las prescripciones de los escribas fariseos respecto a la celebración litúrgica del día de la expiación, una semana antes de que llegase el día.

El sumo sacerdote costeara el novillo inmolado en el sacrificio expiatorio de la fiesta de expiación, y los gastos de construcción del puente sobre el torrente de Cedrón, ya que había que construir un puente cuando una vaca roja iba a ser quemada en el monte de los Olivos.

El sacerdote debía siempre mantenerse apto para los oficios culturales: no podía estar cerca de un cadáver, con excepción de los entierros, donde evitaba pararse detrás del féretro (la única excepción en que podía acercarse a un cadáver era con el llamado "muerto de mandamiento", es decir, aquel fallecido



que no contaba con parientes y debía ser cuidado por el primero que lo encontrara, pero incluso esta excepción era discutida). Además, no podía verse despeinado y le estaba expresamente prohibido rasgarse las vestiduras en señal de duelo. Tampoco podía vérselo desnudo, en el baño o cuando se cortaba los cabellos. Se esperaba del sumo sacerdote un cuidado extremo de su aspecto externo.

En los pésames ofrecía un ceremonial donde se presentaba con un importante séquito, con el jefe supremo del templo a su derecha, y a su izquierda, en caso de que el duelo fuese hecho por el propio sumo sacerdote, estaba su predecesor en el cargo.

En el día de la expiación era cuando más se atendía a la pureza del sumo sacerdote, sometiénolo durante los siete días anteriores a la ceremonia de purificación para borrar toda contaminación por contacto con un cadáver, pasando las noches en la cámara del templo, situada al sur del Atrio de los Sacerdotes, separándolo así de toda impureza, incluso de aquella que podría provocarle su propia mujer. Además, la última noche antes del día de la expiación debía mantenerse despierto con el fin de evitar la contaminación de la cual habla Levítico 22:4-5: “[...] *El que toque cualquier cosa de cadáveres, o el hombre que haya tenido derramamiento de semen, o el hombre que haya tocado cualquier reptil, por el cual haya quedado impuro, o a un hombre que le haya hecho impuro con cualquier impureza suya...*”.

Tampoco podía el sumo sacerdote casarse con cualquier mujer. Esta debía ser una virgen de doce o doce años y medio, que fuese hija de un sacerdote, de un levita o de un israelita de descendencia legítima.

Una vez destituido el sumo sacerdote, se conservaba su prestigio y su carácter conferido por su cargo. Las prohibiciones respecto a la contaminación seguían vigentes. Aunque la antigua tradición decía que el cargo de sumo sacerdote era vitalicio y que debía pasarse por herencia a sus descendientes, la influencia política de la familia herodiana y el Imperio romano cambió la tradición, no obedeciendo a determinadas prescripciones.

## 5. Las calamidades de Jerusalén

Nos enfocaremos, de manera muy sucinta, en la época que va desde el 169 a. C hasta el 70, excluyendo los casos únicamente militares.

Jerusalén fue sitiada en el 163 a. C, en la época de Antíoco V Eupator. El sitio fue agravado por el hambre, pues los campos no producían a causa de la sequía. Esto no solo afectó a los sitiados, sino también a los sitiadores. También en el año 65 a. C. tuvo lugar una gran sequía que parece haber disipado la oración de un tal Onías, quien pidió arduamente por lluvia. Dicen que su oración fue tan grande que las lluvias provocaron una inundación. Un año después, en el 64 a. C., un huracán destruyó las cosechas



de todo el país. Todo esto en el período en que Aristóbulo II fuera sitiado por Hircano II y Aretas, el rey árabe.

En el 37 a. C., Herodes el Grande asedió Jerusalén durante el año sabático, lo que provocó una gran hambruna a los sitiados y a los sitiadores. Unos seis años más tarde, un terremoto acabó con gran parte del ganado.

En el 29 a. C., tras la muerte de Mariamna I, segunda esposa de Herodes el Grande, el país fue azotado por una peste. Palestina siguió sufriendo calamidades unos años más tarde. Entre el 25 y el 24 a. C., se hizo presente otra vez la hambruna a causa de la sequía, lo que provocó un cambio de hábitos que culminó en una epidemia fulminante. El ganado había muerto, por lo que también se hizo sentir la falta de abrigo, pues no contaban con la lana ni otro material para producirlo.

Palestina se recompuso y tuvo un tiempo de paz los años posteriores, hasta que, en la época de Claudio, precisamente en el año 48, sobrevino una gran hambruna bajo el Gobierno del procurador Tiberio Alejandro.

Poco antes del año 66, Palestina vivió una gran escasez de agua durante una de las fiestas de peregrinación, seguidos de años de abundante lluvia hasta el verano del año 69, justo antes del asedio a Jerusalén. Además, el año que transcurre desde el 67 al 68 fue sabático, lo que agravó el hambre. Como si fuese poco, se tiene registro en esa época de una plaga de langostas en Jerusalén que arrasó con lo poco que quedaba.

## 6. El templo de Herodes

La ciudad de Jerusalén alcanza su máximo esplendor arquitectónico durante el reinado de Herodes el Grande (37 a. C.- 4). En esa época se construyó el palacio real o Palacio de Herodes, provisto de tres torres (Fasael, Hípico y Mariamme), un teatro, un hipódromo, un anfiteatro y la famosa Fortaleza Antonia, entre otras construcciones. En esa época, Jerusalén tenía una extensión de casi 1800 hectáreas y una población de 50 000 a 100 000 habitantes (los datos varían), triplicándose durante las festividades. Aunque nos parezca poco, en aquella época y en el Imperio romano, Jerusalén era superada en extensión y población por tan solo tres ciudades: Roma, Alejandría y Antioquía de Siria. Plinio el Joven escribió: "... fue la ciudad más famosa no solo en Judea, sino de todo el oriente" (*Historia naturalis* V, 70).

El proyecto que hizo más famoso a Herodes fue el remodelamiento del área del Monte: amplió la explanada del templo, construyó la Basílica o Pórtico Real y remodeló por completo el templo, duplicando su altura y adornando lujosamente su interior.

Herodes entendía muy bien la relación que en esa época tenía el poder político y la piedad religiosa. Además de glorificarse a sí mismo, se ganaba la admiración y la buena voluntad de los judíos y los



romanos, a los cuales también les levantó templos para sus dioses griegos y romanos en ciudades gentiles, dentro y fuera de su reino, además de un santuario a Augusto en Samaria una vez que este fuera declarado un dios. Sin embargo, nunca quiso hacer nada pagano en Jerusalén.

Herodes comenzó esta obra en su décimo año de reinado, respetando las medidas de los templos anteriores. Construyó el santuario en un año y seis meses, y los pórticos y atrios exteriores en ocho años. Se desconoce la fecha en que las obras completas terminaron, pero para este tiempo, un trabajo de remodelación de esta dimensión debió llevar más de cuarenta años. Por lo tanto, las obras comenzaron en el año 23 o 22 a. C. hasta el 22 o 23 aproximadamente. Fue llevada a cabo por más de 10 000 trabajadores, incluyendo 1000 sacerdotes carpinteros y albañiles (puedes ver una reconstrucción del templo de Herodes en 3D en <Virtual Reconstruction Of Second Temple Temple Mount - YouTube> [6.3.2023]). Debido a la topografía del lugar, la plataforma del área del templo presentaba una forma trapezoidal (472 m de largo por 304 m de ancho), rodeada por una estructura de muros o taludes de contención: muro occidental (488 m; donde se encuentra hoy el Muro de los Lamentos), muro norte (315 m), muro oriental (460 m) y muro meridional (280 m), con una altura cada uno de 25 m, construidos con bloques de piedra de 1 m de altura por 2 m de ancho, con un peso de entre 2 y 5 toneladas, aunque se han hallado en el muro occidental bloques de piedra de casi 14 m de largo y 3,5 de ancho, con un peso de 570 toneladas (el tercer bloque de piedra más grande conocido en todo el mundo para una construcción). Puedes ver este bloque de piedra en el siguiente enlace: <One of the largest construction stone in the world, 570 Tons. Jerusalem Temple's Hidden Wall -2 - YouTube> (6.3.2023).

El área del templo tiene una dimensión de 14,4 ha (144 000 m<sup>2</sup>) y una circunferencia exterior de 1533 m. Sin duda, este era uno de los espacios sagrados más extensos de la Antigüedad, siendo, por ejemplo, dos veces más grande que el Foro Romano construido por Trajano, tres veces más grande que los templos de Júpiter y Astarté, y cinco veces más grande que la Acrópolis de Atenas. Se dice que el templo de Herodes era similar en tamaño al templo de Marduk en el antiguo Imperio babilónico.

Existen discusiones respecto a su ubicación exacta. Algunos opinan que se encontraba exactamente adonde está hoy el Domo de la Roca, otros piensan que fue más al norte, y otros, más al sur.

La fachada exterior del templo era motivo de admiración. Estaba cubierta con láminas de oro, de manera que podía verse un encandilante resplandor a la salida del sol. De lejos, simulaba un monte nevado: donde no había oro se divisaba el mármol blanco.

El templo no era tan imponente (78 por 70 codos) y estaba ubicado en el centro del patio interior de la plataforma, en dirección este-oeste. Como siempre, disponía de tres espacios bien definidos: el Lugar Santísimo, *sanctasanctórum* o *debir*; el Lugar Santo, *hekhal*; y la entrada o porche, *ulam*.

El Lugar Santísimo tenía forma cuadrada (20 por 40 codos). Sus paredes estaban cubiertas con planchas de oro y grabadas con palmeras. Se trataba de una sala completamente vacía.



En el lugar de la perdida Arca del Pacto había una piedra llamada “fundamento” donde se solía colocar el brasero. La tradición rabínica decía que el fundamento era la roca fundacional, desde la cual se había creado todo el universo. Esta es la roca que se encuentra en el centro del Domo de la Roca o Mezquita de Omar.

Tenía además un velo bordado con leones y águilas que lo separaba del Lugar Santo. La cortina estaba tejida con 72 cordones de 24 hilos cada uno. Medía 40 por 20 codos. No obstante, la Mishná habla de dos cortinas y no de una, como puede leerse en la Biblia.

El Lugar Santo era una sala en forma de pasillo de 40 de largo, 20 de ancho y 40 codos de altura, cubierta también con oro y con un mobiliario similar al que se tenía en la época de Zorobabel: el altar de incienso (el más cercano al velo), el cual era encendido cada día por dos sacerdotes; la mesa de los panes de la proposición, donde los panes eran reemplazados una vez a la semana, y el candelero de siete brazos.

A la salida de esta sala, colgando de las cuatro puertas, dos exteriores y dos interiores, había una cortina de lino fino de color azul, púrpura y carmesí. A los costados se erguían dos columnas donde colgaban racimos y un candelabro de oro donado por Elena, la reina de Adiabene (actual norte de Irak), convertida al judaísmo.

La puerta tenía un porche angosto, muy ancho y alto (100 codos), casi como un moderno edificio de dieciocho pisos que se destaca sobre el paisaje de alrededor. De allí se pasaba a un imponente pórtico de entrada (40 por 20 codos), sin puerta ni velo, enmarcada por cinco dinteles y jambas de roble enchapados en oro, escalonados de manera graduada, según su longitud.

Detrás del templo, y en los laterales, había edificios que albergaban cuarenta y ocho cámaras. Desde estos anexos se descendía por doce escalones al *Azarah* (Atrio de los Sacerdotes) que rodeaba el edificio sagrado. Allí había un gran altar de piedra (32 por 10 codos) para los holocaustos, que contaba con una rampa de acceso. Al norte estaba el lugar donde se preparaban a los animales para el sacrificio, y al sur, la fuente de bronce utilizada para la purificación de los sacerdotes.

Hacia el este del atrio estaba la *duchan*, donde los levitas cantaban los salmos para acompañar el ritual (salmo 150).

Al final del Atrio de los Sacerdotes se encontraba el Atrio de los Israelitas, separado del primero por un parapeto de piedras de mosaico. Allí los hombres, e incluso las mujeres, podían estar presentes para ver el sacrificio y escuchar cantar a los levitas, arrodillarse u orar ante Dios. A ambos extremos de los atrios estaban las cámaras reservadas para los miembros del Sanedrín.



Luego de pasar la Puerta de Nicanor, objeto de sendas leyendas, se descendía por quince escalones en forma de semicírculo, donde los sacerdotes entonaban los salmos de subida (120-134), hacia el Atrio de las Mujeres, totalmente prohibido para los extranjeros. Este atrio no era exclusivo para las mujeres, sin embargo, era el único al que tenían acceso. Los hombres estaban en la planta baja y las mujeres en los balcones superiores que rodeaban el atrio, de esa manera todos participaban en el culto público del templo: las oraciones, los ayunos y la lectura de la Torá. En las esquinas del Atrio de las Mujeres se encontraban cuatro cámaras: la de la madera, la del aceite, la de los nazarenos y la de los leprosos.

Al pasar por la Puerta Hermosa se descendía hacia una plataforma cuadrada, construida antes de Herodes, constituida por dos secciones: el *hail* (tal vez el Atrio de la Vida) y el Atrio de los Gentiles. Entre ambos espacios había un *soreg* (balaustrada) de 1,5 m de altura, con inscripciones en latín y griego, advirtiendo a los extranjeros que no pasaran al recinto sagrado que rodeaba el templo. La pena por incumplimiento era capital.

Se cuenta con un ejemplar en Estambul con la siguiente inscripción: “Que ningún extranjero penetre dentro de la barrera y del recinto que rodean el *hieron*. El que sea descubierto (penetrando en él) será responsable de sí mismo si muere”. El que entraran gentiles al área del templo siempre fue un tema polémico para los judíos de ese tiempo, pues no estaba dentro de las reglas para la pureza, las cuales sí prohibían la entrada a leprosos o gonorreicos, a mujeres en su período de menstruación, y otros asuntos considerados de impureza ritual.

La plataforma estaba a su vez rodeada por una enorme explanada que Herodes había ampliado hacia el norte, oeste y sur. A su alrededor se construyeron pórticos cubiertos de cedro tallado, siendo el más famoso el Pórtico Real, construido como una basílica romana que recorría el largo del muro sur, y que se elevaba hasta alcanzar una altura de decenas de metros. Un sacerdote acostumbraba a tocar la trompeta en lo alto del Pórtico Real, anunciando el comienzo y la finalización del *Sabbat*. El pórtico contaba con ciento sesenta y dos columnas corintias, repartidas en cuatro hileras que formaban tres avenidas. Allí se instalaban los vendedores y cambistas, y también sirvió para algunas actividades judiciales del Sanedrín.

Todo el recinto estaba rodeado por unas enormes murallas. En la muralla oriental se encontraba la puerta llamada Susa, y al oeste, tres puertas más: la Puerta de Warren, el Arco de Wilson y el Arco de Robinson (nombres recientes que hacen honor a sus descubridores).

El acceso a las puertas era por medio de monumentales escaleras construidas sobre varios arcos, donde ponían sus tiendas los peregrinos, surtiendo al pueblo de palomas, vino y aceite para las ofrendas.

En el extremo noroccidental de la explanada se hallaba la Torre de Antonia, una fortaleza construida por Herodes, en honor a Marco Antonio. Contaba con cuatro torres masivas que estaban rodeadas por un foso, en donde se apostaba una tropa de 500 soldados con catapultas y otras maquinarias de guerra.



Allí llevaron a Pablo tras el alboroto en Jerusalén (Hechos 21).

Por el sur de la explanada se descendía por unas escaleras de 15 m de largo de ascenso y 65 m de descenso, con 30 escalones, que llevaban a unos pasajes subterráneos, con techos decorados con flores y figuras geométricas, por donde se llegaba a la puerta de salida y entrada del edificio por su extremo meridional: la Puerta Triple (entrada), la Puerta Doble (salida). Fue en estas escaleras que Jesús enseñó a los sabios a la edad de 12 años. Cercana a ellas había unos baños rituales para lavarse antes del ascenso.

Próxima al templo se encontró, no hace tanto, el estanque de Siloé, al sur del área del templo, donde Jesús mandó al ciego de nacimiento a lavarse (Juan 9:1-11).

Todos estos espacios no eran más que un inmenso edificio en cuyo centro estaba la morada de Dios. Para llegar allí era necesario pasar por un complejo periplo a través de diversos espacios y niveles. Al recinto de más adentro solo podía acceder el sumo sacerdote, y no cuando este quisiese, sino el Día de la Expiación o Yom Kipur. Luego del sumo sacerdote, los que más se acercaban eran los sacerdotes, luego, un poco más lejos, los varones israelitas, luego las mujeres y, más lejos aún, los gentiles. Todos podían entrar hasta el lugar indicado para ellos, siempre y cuando fueran por el camino reglamentado. Cuanto más cerca de la presencia del Señor, más separaciones rituales había.

Sin duda, los judíos manejaban los distintos niveles de santidad y pureza ritual según algunos factores antropológicos (hombre o mujer), sociales (gentiles, israelitas, levitas, sacerdotes o sumo sacerdote), espaciales (las salas y atrios del templo) y cósmico (cielo y tierra).

Solo en el templo, en el santuario judío, podía obtenerse la expiación o propiciación por el culto sacrificial que ofrecían los sacerdotes, los cuales casi siempre vivían fuera de la ciudad y servían semanalmente en el templo. Todos los días oficiaban cincuenta sacerdotes. Cada mañana y tarde se sorteaba aquel al que tocaba ofrecer el incienso en el altar correspondiente, dentro del Lugar Santo. El sábado se reunían los trescientos sacerdotes que componían el turno y habían oficiado los seis días anteriores.

Los levitas, por su parte, ayudaban en el servicio sacrificial y servían en el área de la música, el canto, la vigilancia de las puertas, además de tareas de mantenimiento y conservación del edificio.

La autoridad máxima era el sumo sacerdote que, aunque no acostumbraba a tomar parte en los servicios diarios, podía hacer el sacrificio si así lo prefería.

Personas de todas partes del mundo habitado, judíos y gentiles por igual, iban al templo de Jerusalén para ver ese majestuoso edificio y participar del culto.



## 7. Lenguas de Palestina

El hebreo es una lengua semita noroccidental que, al igual que el fenicio, el amoneo y el moabita, ha sido influenciada por el cananeo. En 2 Reyes 18:26 y en Isaías 36:11 puede verse la diferencia entre el arameo y la lengua de Judea durante la invasión de Senaquerib. Allí, los consejeros de Ezequías dicen a los emisarios del rey asirio: *“Entonces Eliaquim hijo de Hilcías, y Sebna y Joa respondieron al copero mayor: – Te rogamos que hables a tus siervos en arameo, porque nosotros lo entendemos, y no hables con nosotros en lengua de Judá a oídos del pueblo que está sobre el muro”*.

Cuando una parte de los judíos cautivos en Babilonia volvió a Judea, se utilizaron los Targum en arameo, con el fin de enseñarles la Torá. En resumen, la lengua hablada por el pueblo hebreo hasta el siglo VI a. C. fue el arameo, sin embargo, para el siglo I el hebreo estaba bien difundido, pues ya se hablaba desde hace un buen tiempo. No obstante, no se trataba del mismo hebreo de la época salomónica. El hebreo del Pentateuco, los libros históricos y los profetas (Mikrá) eran arcaicos. En el siglo III a. C. este hebreo se sustituyó por un hebreo con más palabras, modismos pronunciación y expresiones un tanto diferentes, conocido como *Lashon Jazal* o Lengua de los Sabios. Este fue el hebreo de Judea hasta el siglo II. En la época de Cristo, el arameo, la lengua materna de los judíos, era una lengua internacional que, a pesar de no tener el mismo alcance que el griego, se hablaba en una amplia región: desde la India hasta Kush (Sudán).

Se sabe, gracias a algunos rollos del mar Muerto, que la mayor parte del pueblo hablaba bien el hebreo, algo necesario para acceder a los himnos, a los comentarios sobre las Escrituras, a la correspondencia, a las reglas de la comunidad, a la profecía y al *Pesher Habakuk* (*Comentario de Habacuc*), entre otros. Estos escritos estaban redactados en un hebreo posterior al exilio.

Poco a poco, muchos escritos eran traducidos al griego, como sucedió con el libro de Ben Sira, traducido por su nieto al griego, el cual aclara en la introducción que las cosas no podían expresarse en griego con la misma fuerza con la que se expresaban en hebreo. En el Museo Arqueológico de Israel se guardan las cartas de Simón Bar Kojbá, que datan del año 132 al 135. Estas cartas fueron escritas en un hebreo cotidiano, por lo que podemos concluir que, cien años después de la crucifixión de Jesús, aún se hablaba hebreo en Judea. Ya en el año 135, Adriano había cambiado los nombres de Judea y Jerusalén por Palestina y Aelia Capitolina, por lo que poco a poco la identidad hebrea se veía afectada.

En la segunda mitad del primer siglo, el griego era la lengua universal del mundo civilizado. Alejandro Magno había difundido su política de helenización por todo Oriente. Por otra parte, el arameo se mantuvo vigente hasta la expansión del islam, a partir del siglo VII.



Judea estaba sometida, más que otros pueblos, a la helenización, sobre todo durante el reinado de Herodes el Grande, sin embargo, los judíos siguieron considerando el griego como “el idioma extranjero”.

El griego era considerado la lengua oficial de Judea, mientras que el latín era la lengua imperial, utilizada sobre todo para los documentos administrativos vinculados al poder romano. Tanto las tropas romanas en Judea como los empleados del fisco debían saber griego y latín, independientemente de su origen.

Muchos peregrinos de regiones lejanas a Palestina, que viajaban a Jerusalén por las fiestas, habían olvidado su idioma materno (el arameo) tras ser educados en el idioma griego. Por otro lado, se encontraban los helenos o gentiles prosélitos que también celebraban las fiestas judías. También los movimientos de inmigración hacían que muchos judíos hablaran sobre todo el griego (llamados “griegos” en Hechos 6, separándolos de los palestinos, a los que se describe como “hebreos”). Sin embargo, como ya se dijo, se esperaba que los judíos de Judea hablaran bien el hebreo. Los “griegos” tenían su sinagoga especial donde se enseñaba en griego y se leía la Septuaginta.

Los apóstoles Andrés y Felipe son conocidos por su nombre griego (*Ἄνδρείος* [Andreíos, ‘varonil’] y *Φίλιππος* [Philippos, ‘amante de los caballos’]), al punto que se desconoce cómo se llamaban en hebreo.

Todo parece indicar que en el siglo I el griego era generalmente conocido en Palestina, sobre todo en Jerusalén. El cristianismo había cundido sobre todo en el mundo griego. En la iglesia primitiva, tanto los helenistas como los hebreos convivían en una misma sociedad. Al punto de que Pablo se ve obligado a responder al desprestigio de los palestinos de ser un helenista, aclarando que él es hebreo hijo de hebreos (Filipenses 3:5), a pesar de su predicación a los gentiles. La lengua materna de Pablo, como buen hebreo, era el arameo (Romanos 8:15; 1 Corintios 16:22; Gálatas 4:6). Algunos pensaban que Pablo, al ser oriundo de Tarso de Cilicia, era hijo de helenistas que lo habían enviado a Jerusalén para ser educado en la cultura rabínica por el mismísimo Gamaliel, en donde además habría aprendido el arameo. Sin embargo, él aclara que hablaba arameo en su niñez, pues esa era su lengua materna. Esto demuestra que se trató de una familia hebrea que había emigrado de Palestina, pero que se mantuvo unida moralmente a su país de origen. Fue llamado como el rey Saúl (Saulo) y llamado Pablo en la comarca de Tarso. Es más, pese a su acercamiento con el griego, parece haberse comunicado mejor en arameo, sintiéndose por momentos un poco incómodo con el primero (2 Corintios 11:6; 1 Corintios 1:17), aunque esto pareciera contrario a su riquísimo vocabulario y abundancia de términos abstractos, además de su conocimiento de la poesía y filosofía griega.

Es evidente que la lengua del Nuevo Testamento era el griego, el cual iba modificándose según cada pueblo.



Podríamos resumirlo de la siguiente manera: la helenización llevaba el idioma griego a todos los hogares, pero sobre todo a aquellos judíos fuera de Palestina, ni hablar claramente de los gentiles. Las peregrinaciones al templo y la cantidad de extranjeros que llegaban a Jerusalén hacían que este idioma se extendiera con mucha más rapidez. El hebreo, sin embargo, debía ser aprendido para participar del culto, tanto de las sinagogas palestinas como en el templo de Jerusalén. Por otra parte, el arameo era el más hablado de todos entre los judíos. Se trataba de la lengua materna con la cual se comunicaba el común de las personas. Algunos de ellos, según la región, hablaban también siríaco, perteneciente también a las lenguas arameas.

## 8. El Sanedrín

El Sanedrín solía reunirse en una de las cámaras ubicadas en el Patio de los Sacerdotes, en el templo de Herodes. Se componía de 71 miembros varones, dividido en tres cortes de 23 miembros, formando un total de 69 jueces (Moisés era considerado el juez número 70), más el sumo sacerdote, quien presidía el tribunal. Además, había dos secretarios y unos asientos para el estudiantado.

Este concilio tomaba decisiones sobre cualquier sentencia, menos la capital, algo que el Imperio romano le había prohibido. Sin embargo, este no era el único tribunal, pues el Sanedrín había nombrado pequeños tribunales que se repartían por todo el territorio, llamados Muflaim.

Este concilio se componía sobre todo de saduceos y fariseos. Los saduceos eran mayoría, y se les conocía por aplicar castigos más crueles que los fariseos (como, por ejemplo, la ejecución de Jacobo, hermano de Juan). Los fariseos, a pesar de ser minoría, tenían más influencia en la sociedad y eran más respetados por todo el pueblo, incluyendo a las familias distinguidas de Palestina. Esto puede verse claramente en Hechos 5:34-40: *“Entonces levantándose en el Concilio un fariseo llamado Gamaliel, doctor de la Ley, venerado de todo el pueblo, mandó que sacaran fuera por un momento a los apóstoles, y luego dijo: – Israelitas, mirad por vosotros lo que vais a hacer respecto a estos hombres, porque antes de estos días se levantó Teudas, diciendo que era alguien. A este se unió un número como de cuatrocientos hombres, pero él murió, y todos los que lo obedecían fueron dispersados y reducidos a nada. Después de este se levantó Judas, el galileo, en los días del censo, y llevó en pos de sí a mucho pueblo. Pereció también él, y todos los que lo obedecían fueron dispersados. Y ahora os digo: Apartaos de estos hombres y dejadlos, porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; pero si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios. Estuvieron de acuerdo con él. Entonces llamaron a los apóstoles y, después de azotarlos, les ordenaron que no hablaran en el nombre de Jesús; y los pusieron en libertad”*.



La costumbre del Sanedrín era reunirse y emitir juicios de manera rápida, aunque en casos capitales, solía no precipitarse. Las reuniones no se hacían el día antes del *Sabbath* para no tener que hacer recesos tan largos en caso de que un juicio se demorase. Josefo registra cómo, muchas veces, el Sanedrín era convocado y disuelto durante el mismo día.

En asuntos de orden religioso, podían excomulgar a los sacerdotes. Además, contaba con una fuerza policial para el arresto de los culpables y el orden público. Se cuidaban de mantener el apoyo popular, algo de suma importancia a la hora de mantener la paz en la sociedad.

El Sanedrín tenía una cierta autonomía en sus acciones, sin embargo, dependía por completo de Roma, quien incluso podía nombrar al sumo sacerdote.

El siglo I se caracterizó por la constante tensión entre el Sanedrín y el Gobierno imperial. El pueblo comenzó a denunciar al Sanedrín ante las autoridades romanas cuando este concilio actuaba sin la aprobación del imperio. Exactamente esto fue lo que ocurrió con la muerte de Jacobo, hermano de Jesús, cuando el pueblo notificó la falta del Sanedrín a Agripa II y al procurador Albino. Como consecuencia, el sumo sacerdote Anás fue destituido. Por momentos, Roma intervenía judicialmente en Judea cuando el Sanedrín perdía el favor de los judíos.

## 9. El calendario y las fiestas

El calendario judío lunar, lo que hace referencia a la rotación de la luna alrededor de la tierra (29,53 días de rotación entre dos lunas nuevas), fue utilizado por los judíos antes de las deportaciones. Este calendario es conocido como el calendario hebreo bíblico, aunque es utilizado por los musulmanes desde la época de Mahoma. Luego de ser deportados, tomaron para sí los calendarios lunisulares de los asirios y babilónicos, los cuales integraban ambos ciclos: el lunar y el solar. En el caso de los hebreos deportados a Babilonia, tomaron también el nombre arameo de los meses, partiendo del mes donde fue instituida la Pascua, siendo este un mandato directo de Dios a Moisés: *“Habló Jehová a Moisés y a Aarón en la tierra de Egipto, y les dijo: Este mes será para vosotros el principal entre los meses; os será el primero de los meses del año”* (Éx. 12:1-2). Los hebreos llamaban a este mes “el primer mes”, hasta que los deportados en Babilonia comenzaron a llamarlo con el nombre arameo de Nisán (más adelante, los hebreos decidieron que el primer mes sea el de Tishrei). El antiguo calendario lunar judío puede verse reflejado en la Biblia en algunos pasajes, como es el caso de Salmos 104:19: *“Hizo la luna para los tiempos; el sol conoce su ocaso”*.

El calendario lunisolar se calcula multiplicando los 29,53 días del calendario lunar por los 12 meses del calendario solar, lo que hace que cada año se componga de 354 días, diferenciándose de los 365 días y 5 horas del calendario solar. La diferencia es de 10 días y 21 horas. Para contrarrestarlo se intercala



un mes cada 2 o 3 años, llamado “el segundo Adar” o *Adar Sheni*.

Los judíos no contaron con un calendario hebreo fijo hasta el año 359, cuando Hilel II creó una versión basada en un complejo algoritmo útil para predecir las fechas de la luna nueva y las estaciones del año. Antes de esto, las observaciones eran empíricas, sin embargo, a partir de esta fecha, comenzaron a depender de cálculos matemáticos.

Según la tradición judía, el 7 de octubre del año 3760 a. C., comenzó el mundo, lo cual equivale al 1 de Tishréi del año 1.

Para sincronizar el año lunar con el solar, a fin de que la Pascua siempre caiga en primavera, fue necesario ajustar el calendario, formando un ciclo de 19 años con 12 años y 12 meses, y 7 años bisiestos o embolismales con 13 meses (*Shana Meuberet*). El *Adar Sheni* se añade en los años 3, 6, 8, 11, 14, 17 y 19, completando así el ciclo.

Aunque según la Biblia, el año comenzaba en el mes de Nisán o el “mes primero” y concluía en el mes de Adar, más adelante fue cambiado para que comience en el mes de Tishréi, con la festividad de Rosh Hashaná (‘cabeza del año’), y culmine en el mes de Elul.

El calendario hebreo tiene cuatro cabezas del año. Cada una de ellas es el comienzo de la cuenta anual para diferentes finalidades. El 1 de Nisán es el principio del año según la Biblia a partir de la liberación del pueblo hebreo de la esclavitud egipcia. Los reyes hebreos tomaban esta fecha como el principio del año, al punto de que un rey podía tomar el reinado el último día del mes de Adar y al otro día tomarse como el segundo año de su reinado.

El 1 de Elul era el principio del año para realizar la cuenta del diezmo de ganado o apartarlo. El 1 de Tishréi es el principio del año según el calendario hebreo moderno. Se considera que este fue el mes de la creación del mundo y era la fecha en que comenzaba la cuenta de los años sabáticos (el descanso de la tierra cada siete años y el perdón de las deudas y liberación de los esclavos cada cincuenta años).

El 15 de Shevat se consideraba el año nuevo de los árboles, donde comenzaba a enverdecer la tierra luego del duro invierno.



El año judío incluye un ciclo completo de las cuatro estaciones del año con un número exacto de meses lunares, por lo que podemos tener años de 12 o de 13 meses.

En 1 Reyes 4:7 encontramos el número tradicional de 12 meses: *“Tenía Salomón doce gobernadores sobre todo Israel, los cuales mantenían al rey y a su casa. Cada uno de ellos estaba obligado a abastecerlo un mes por año”*.

Antes de la deportación, los meses del año eran llamados según su orden numérico: primer mes, segundo mes, tercer mes, etcétera, aunque existían cuatro meses que eran llamados también con el nombre de Aviv, Ziv, Etanimm y Bul, los cuales fueron modificados durante la deportación.



### El calendario Hebreo tiene los siguientes meses

| Hebreo | Español   | Mes Número                        | Largo (Días) | Equivalente Gregoriano                       |
|--------|---|-----------------------------------|--------------|--|
| ניסן   | Nisan   | 1                                 | 30           | Mar / Abr                                    |
| אייר   | Iyar  | 2                                 | 29           | Abr / May                                    |
| סיון   | Sivan   | 3                                 | 30           | May / Jun                                    |
| תמוז   | Tamuz   | 4                                 | 29           | Jun / Jul                                    |
| אב     | Av  | 5                                 | 30           | Jul / Ago                                    |
| אלול   | Elul  | 6                                 | 29           | Ago / Sep                                    |
| תשרי   | Tishrei   | 7                                 | 30           | Sep / Oct                                    |
| חשון   | Jeshvan   | 8                                 | 29 / 30      | Oct / Nov                                    |
| כסלו   | Kislev  | 9                                 | 29 / 30      | Nov / Dic                                    |
| טבת    | Tevet   | 10                                | 29           | Dic / Ene                                    |
| שבט    | Shvat   | 11                                | 30           | Ene / Feb                                    |
| אדר ב  | Adar I  | 12                                | 30           | Feb / Mar                                    |
| אדר א  | Adar<br>(Llamado Adar II<br>en el año bisiesto) | 12<br>(#13 en un<br>año bisiesto) | 29           | Feb / Mar<br>(Mar/Abr<br>en el año bisiesto) |

| ORDEN | ANTES DEL EXILIO<br>BABILONIO | DESPUES DEL EXILIO<br>BABILONIO | CORRESPONDENCIA EN<br>ESPAÑOL |
|-------|-------------------------------|---------------------------------|-------------------------------|
| 1º    | AVIV (Éx. 13:4; Dt. 16:1)     | NISÁN (Est. 3:7)                | MARZO / ABRIL                 |
| 2º    | ZIV (I R. 6:1, 37)            | IYÁR                            | ABRIL / MAYO                  |
| 3º    | TERCER MES                    | SIVÁN (Est. 8:9)                | MAYO / JUNIO                  |
| 4º    | CUARTO MES                    | TAMÚZ                           | JUNIO / JULIO                 |
| 5º    | QUINTO MES                    | AV                              | JULIO / AGOSTO                |
| 6º    | SEXTO MES                     | ELUL (Neh. 6:15)                | AGOSTO / SEPTIEMBRE           |
| 7º    | ETANIM (I R. 8:2)             | TISHRÉI                         | SEPTIEMBRE / OCTUBRE          |
| 8º    | BUL (I R. 6:38)               | MARJESHVÁN o JESHVÁN            | OCTUBRE / NOVIEMBRE           |
| 9º    | NOVENO MES                    | KISLEV (Neh. 1:1)               | NOVIEMBRE / DICIEMBRE         |
| 10º   | DECIMO MES                    | TEVET (Est. 2:16)               | DICIEMBRE / ENERO             |
| 11º   | UNDECIMO MES                  | SHEVAT (Zac. 1:7)               | ENERO / FEBRERO               |
| 12º   | DUODECIMO MES                 | ADAR (Est. 3:7)                 | FEBREO / MARZO                |



La semana judía está basada en los días de la creación, concluyendo el séptimo día con el *Shabat*. En el caso de los días, estos no tienen nombre, sino que se sigue nombrando como en el relato bíblico: día primero, día segundo, etcétera. El comienzo de la semana es el Yom Rishon (‘el primer día’) correspondiente a nuestro domingo.

Los días de la semana en el hebreo son los siguientes:

|             |             |           |
|-------------|-------------|-----------|
| Yom Rishon  | Primer día  | Domingo   |
| Yom Sheni   | Segundo día | Lunes     |
| Yom Shlishi | Tercer día  | Martes    |
| Yom Revii   | Cuarto día  | Miércoles |
| Yom Janishi | Quinto día  | Jueves    |
| Yom Shishi  | Sexto día   | Viernes   |
| Yom Shabat  | Séptimo día | Sábado    |

En el calendario hebreo los días comienzan al anochecer, con la salida de tres estrellas y termina 24 horas después.

Respecto a las fiestas, La Biblia dice en Levítico 23:1-2, 4: “*Habló Jehová a Moisés y le dijo: ‘Habla a los hijos de Israel y diles: Las fiestas solemnes de Jehová, las cuales proclamaréis como santas convocaciones, serán estas [...]’. Estas son las fiestas solemnes de Jehová, las reuniones santas que convocaréis en las fechas señaladas...*”.

Las palabras hebreas para fiestas son *moeb* (‘fiestas’), utilizada para señalar un lugar o un tiempo determinado. Es mencionada en Levítico 23:2 como “fiestas solemnes”. Esta palabra es utilizada además para designar una cita con alguien, por lo que podría decirse que cada fiesta es para los judíos una cita con Dios para disfrutar de su presencia.

Otra palabra utilizada es *mikra* (‘convocaciones’). Esta palabra es usada para designar un repaso o ensayo. También esta palabra es utilizada en Levítico 23:2. En cada fiesta el pueblo de Israel ensayaba su porvenir, por ejemplo, no solo se celebraba en la Pascua la liberación del pueblo hebreo de la esclavitud egipcia, sino que además era el advenimiento de un Mesías, de un salvador como Moisés que trajese la liberación al pueblo. “Bendito el que viene en el nombre del Señor” era lo que entonaban los sacerdotes mientras llevaban el cordero pascual al templo. De la misma manera, se cantó en la entrada triunfal, cuando el Cordero de Dios entró a Jerusalén en la Pascua.

Otro término es *jag* (‘fiesta, celebración, regocijo, danza) y *yom tov* (‘día bueno’).



Las fiestas judías son las siguientes:

|                |  |  |  |
|----------------|--|--|--|
| Shabat         | Día de Reposo                              | Séptimo día                                      | Lv. 23:3   |
| Fiestas        | de   | La   | Primavera  |
| Pesaj          | La Pascua                                  | 14 de Nisán                                      | Lv. 23:5; Éx. 12:14; Nm. 9:2-5; Nm. 28:16; Dt. 16:1  |
| Jag/Hamatzot   | Fiesta de los panes sin levadura           | 15 al 21 de Nisán                                | Lv. 23:6-8; Éx. 12:17; Nm. 28:17; Dt. 16:3-4   |
| Yom Habikkurim | Día de las Primicias                       | Después del día de reposo                        | Lv. 23:5; Nm. 28:26  |
| Shavuot        | Fiesta de las Semanas (Pentecostés)        | Siván (50 días después del Día de las Primicias) | Lv. 23:15-22; Éx. 23:16; Éx. 34:22; Nm. 28:26; Dt. 16:9-12                                 |
| Fiestas        | de   | Otoño  |  |
| Yom Terua      | La Fiesta de las Trompetas. Día del Clamor | Tishrei  | Lv. 23:24-25; Nm. 29:1-6   |
| Yom Kippur     | Día de la Expiación                        | 10 de Tishrei                                    | Lv. 23:27-32; Nm. 29:7-11  |
| Sucot          | Fiesta de los Tabernáculos                 | 15 al 21 de Tishrei                              | Lv. 23:34-43; Éx. 23:16, 34:22; Nm. 29:12-38; Dt. 16:13-15; 1 R. 12:32; Ez. 45:25; Jn. 7:3 |





|  |   |
|--|---|
| <b>SHABAT/ DÍA DE REPOSO</b>                               | <p>El Shabat o Día de Reposo comienza el viernes por la tarde (víspera del Shabat - 18-20 minutos antes de la puesta del sol) y acaba el sábado por la noche (40 minutos después de la puesta del sol). Este es un día creado para el hombre y es la celebración más importante en el calendario judío.</p> <p>El Shabat es considerado la reina de los días. Es una señal del Pacto de Dios con Israel.</p> <p>En este día, los judíos recuerdan que Dios hizo todo en seis días y en el séptimo día reposó. Se celebra además la libertad, ya que un esclavo nunca tiene reposo, precisamente la condición que el pueblo hebreo tuvo en Egipto.</p>   |
| <b>PESAJ/ LA PASCUA</b>                                    | <p>Es la primera fiesta anual del calendario judío y la primera de las tres Fiestas del Peregrinaje, por ende, la fiesta más antigua. Se recuerda la liberación de la esclavitud en Egipto por medio de la sangre del cordero pascual. La salida de Egipto significó el renacimiento de Israel.</p>   |
| <b>JAG HAMATZOT/ FIESTA DE LOS PANES SIN LEVADURA</b>      | <p>El primer y el séptimo día son días de reposo (Shabat). Los judíos celebran su libertad para estar en comunión santa con Dios, deshaciéndose del pecado, el cual es representado en la levadura.</p>   |
| <b>YOM HABIKKURIM/ DÍA DE LAS PRIMICIAS</b>                | <p>Cuando finalizaba el Día de Reposo el sumo sacerdote iba a un campo de cebada y preparaba una gavilla de cebada para presentarla como ofrenda mecida ante Dios a la mañana siguiente.</p>  |
| <b>SHAVUOT/ FIESTA DE LAS SEMANAS (PENTECOSTÉS)</b>        | <p>Es la segunda de las tres Fiestas de Peregrinaje. Se celebra 7 semanas después del Día de las Primicias (Yom Habikkurim), recordando la entrega de la Torá a Moisés en el Monte Sinaí. En esta Fiesta se recogían y se dedicaban los primeros frutos de la cosecha del trigo, por eso también se llama la Fiesta de la Cosecha (Jag Hakatsir).</p>   |
| <b>YOM TERUA/ ROSH HASHANA/ LA FIESTA DE LAS TROMPETAS</b> | <p>Su nombre bíblico es <i>Yom Terua</i> (Día de clamor o Día del toque del shofar), pero los rabinos le dieron el nombre de <i>Rosh Hashaná</i> (lit. Cabeza del Año), por lo tanto, el Año Nuevo Judío comienza en Tishréi, el séptimo mes.</p> <p>Ese día se toca el shofar para despertar y llamar al pueblo al arrepentimiento. En la actualidad se celebra el aniversario de la creación del mundo, pues cambiando las letras de la primera palabra que aparece en la Biblia “<i>bereshit</i>” (“en el principio”) es posible formar la frase: “<i>Alef b’Tishréi</i>” (el 1 de Tishréi). Según una tradición judía, la creación del mundo comenzó el 25 del mes de Elul y se completó con la creación del hombre en Rosh Hashaná (el 1 de Tishréi). Según los judíos, ese día Dios juzga a todos los hombres, por eso se llama Yom Hadín, ‘el Día del Juicio’ (no un juicio por nuestro destino después de la muerte, sino para decretar lo que sucederá durante el año nuevo). Este es un día que los judíos intentan siempre recordar, por eso también se llama Yom Hazikarón, ‘el Día del Recuerdo’. En ese día todas las criaturas son juzgadas y se escribe el nombre de los justos (<i>tsadikim</i>) en el Libro de la Vida (<i>Seref Hajayim</i>), decretándoles un buen año; el de los injustos (<i>reshaim</i>) en el Libro de la Muerte (<i>Sefer Hamavet</i>), decretándoles un mal año; y el de aquellos que se encuentran en un estado intermedio (<i>beinonim</i>) en el Libro de los Intermedios (<i>Sefer Beinonim</i>). Los que están en el libro tienen 10 días (desde Rosh Hashaná hasta Yom Kippur) para arrepentirse (<i>Aseret</i></p> |



|  |  |
|--|--|
|  | <p><i>Yemei Teshuvá</i>) para que sus nombres puedan ser inscritos en el Libro de los Justos en Yom Kippur. Los 10 días entre Rosh Hashaná y Yom Kippur también son llamados en hebreo Yamim Noraim (Días Temibles).</p>   |
| <p><b>YOM KIPPUR</b></p> <p><b>DÍA DE LA EXPIACIÓN</b></p>   | <p>En este día, solo el sumo sacerdote (<i>kohen gadol</i>) podía entrar en el Lugar Santísimo (<i>Kodesh Hakodashim</i>) para ofrecer un sacrificio y derramar la sangre sobre el altar.</p> <p>Actualmente es un día de arrepentimiento y de ayuno completo, es el día más sagrado y solemne de todo el año. Es el <i>Shabat</i> de los <i>Shabats</i>, <i>Shabat Shabaton</i>. Desde Yom Teruá hasta Yom Kippur hay 10 días, estos días son llamados <i>yamim noraim</i>, ‘los días temibles’, son días donde los judíos creen que aún pueden arrepentirse y cambiar los decretos nefastos en contra de ellos. En hebreo también se llaman <i>aseret yemei teshuva</i>, ‘los diez días de arrepentimiento’.</p> <p>Los juicios son sellados en este día, donde, según la tradición judía, Moisés recibió las segundas Tablas de la Ley. Es un día de ayuno “blanco” (los ayunos “negros” son los días en que se ayuna para recordar alguna desgracia ocurrida en el pueblo de Israel, se llaman “negros” porque son días de luto y dolor), donde los hombres y las mujeres ayunan para acercarse al Todopoderoso y poder recibir su misericordia y perdón.</p>  |
| <p><b>SUCOT</b></p> <p><b>FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS</b></p> | <p>Es la tercera de las tres Fiestas de Peregrinaje. La Fiesta de los Tabernáculos también es conocida con el término <i>hajag</i>, “La Fiesta” (1 R. 12:32; Ez. 45:25; Jn. 7:37). Era la fiesta más grande de todas y con una mayor asistencia, ya que la última cosecha había finalizado y ahora todos podían descansar y celebrar. Era, sin duda, la más alegre de todas. Es más, estar alegres era un requisito para participar de ella (Lv. 23:40; Dt. 16:14 y 15).</p> <p>Se construye una <i>suka</i> (una tienda) para recordar las tiendas en las que vivieron los hijos de Israel en el desierto, y se celebra la protección de Dios durante los 40 años de peregrinación en el desierto, cuando el pueblo hebreo se dirigía a la Tierra Prometida. Las tiendas también recuerdan a los hebreos que la vida en esta tierra es pasajera.</p> <p>Se lleva a cabo el mandamiento de las cuatro especies (<i>arbaát haminim</i>). Según la tradición, se debe tomar una fruta cítrica (<i>etrog - cidro</i>), una rama cerrada de palmera (<i>lulav</i>), tres ramas de mirto (<i>hadás</i>) y dos ramas de sauce (<i>aravá</i>). Cada día de Sucot (menos en el Shabat) se recogen las cuatro especies, se recita una bendición y se agitan hacia arriba y hacia abajo en todas las direcciones de una forma establecida.</p> |

## 10. La sinagoga

La sinagoga tiene tres principales funciones: proveer un lugar de oración (*tefilá*), un lugar de comunión donde compartir y estudiar junto a otras personas la historia y las costumbres comunes y brindar ayuda al prójimo (*tzedaká*). Respecto a esta última función, en casi todas las sinagogas es posible encontrar un lugar destinado a la caridad.

Para los judíos la oración es un acto social y el impulso religioso solo puede darse por medio de la sociabilidad. En este sentido, las sinagogas tenían una gran importancia dentro de la vida de los judíos.



Eran un centro de educación religiosa y espiritual, tanto de jóvenes como de ancianos, además de fomentar y apoyar todo esfuerzo por la supervivencia de la fe y pueblo judío.

Sin duda, en la época de Jesús, la sinagoga era el centro de la vida judía.

El templo judío convivió con la existencia de las casas de estudio (*Beit Midrash*) y casas de reunión (*Beit Kneset*), lugares donde los judíos estudiaban las leyes de la Torá y oraban. Sin embargo, luego de la destrucción del templo, la deportación y el regreso de otra generación a Jerusalén, los judíos comenzaron a sentir la ausencia del templo, de un lugar donde ofrecer sacrificios, orar o realizar sus ofrendas, al igual que lo hacían sus padres en la época del templo. Se debía hacer algo antes que las generaciones comenzaran a olvidarse de las leyes, los sacrificios y las festividades. Se piensa que fue allí donde comenzaron a funcionar estos lugares, como nuevas “casas de reunión” (*sinagoge* [gr.]), con el fin de darle la oportunidad a los jóvenes de reemplazar sus sacrificios por oraciones y cumplir con sus obligaciones. Las oraciones se hacían con un quorum de diez hombres adultos y nunca menos. De ahí en más, la sinagoga comenzó a ser un lugar donde seguir cumpliendo de alguna manera con las demandas de la Torá. Más allá de esto, los judíos de la época de Jesús creían que la sinagoga había nacido en la época de Moisés.

Desde la destrucción del templo, es decir, desde el exilio babilónico, el pueblo judío había sido dispersado por todos los continentes del mundo. Con la extensión territorial de las sinagogas, muchos judíos no solo tuvieron una conexión espiritual con sus leyes en el lugar en que habitaban, sino también una especie de embajada que los conectaba con la tierra de sus ancestros. Dicho de otra manera, las sinagogas eran el lugar donde el pueblo judío, sin importar dónde se encontraba, se unía con Dios.

En arameo se solía designar a la sinagoga como *knst* o *knyst* (*keneset*), es decir, ‘la congregación religiosa’, para designar el acto de reunirse, no necesariamente para nombrar un lugar físico reservado para el culto, algo que no era importante para los judíos: el único lugar de culto que les importaba a los judíos en los tiempos de Jesús era el Templo de Jerusalén. Las sinagogas eran solo un lugar donde reunirse y debatir los asuntos de interés comunitario (casi siempre de índole religioso). Hay que decir que, tras la destrucción del templo, la actitud de los judíos hacia la sinagoga cambió hasta convertirla en el centro de sus vidas y costumbres. A partir de allí, el vocablo griego *synagoge* (traducción de *keneset*) comenzó a significar entre los no judíos algo similar a “congregación” o “asamblea”, teniendo un evidente paralelismo con palabras como *synodos* o *ecclesían*. También se la designaba como *proseucha* o *proseuché* (lugar de oración), refiriéndose más al edificio en sí.

Respecto a su organización, debemos distinguir entre los ancianos (*archontes*, *presbiteroi* y *geroysiarches* [el jefe de todos]), quienes tenían a su cargo todos los asuntos de la congregación, y un grupo de funcionarios que atendía asuntos concretos, entre los que estaban el archisinagogo (*archisynagogus*) o presidente de la sinagoga, el limosnero (*gby sdqh*), y el ministro de la sinagoga



(*hazán*). El archisinagogo (*rosh ha-keneset* ‘cabeza de la asamblea’) era el director del culto, cuya obligación consistía en atender precisamente el culto público: invitar al orador para comenzar la lectura, la oración, y la predicación. Para esto, el archisinagogo acostumbraba a elegir de entre los ancianos. Además, tenía como tarea mantener en orden la sinagoga, impidiendo que ocurriese algo que pudiese considerarse impropio. Algunos creen que es probable que tuviesen a cargo también el mantenimiento de los edificios. Es muy probable que Jairo haya sido un archisinagogo de Cafarnaúm que, luego de la milagrosa sanidad a su hija, comenzó a seguir a Jesús (Marcos 5:22, 35, 36, 38; Lucas 8:49).

El limosnero (*gby sdqh*) hacía la colecta para los pobres. Había dos tipos de colectas: la canasta de las limosnas semanales (*qwph* o *cupa*), del que se tomaba lo necesario para socorrer a los pobres de la localidad una vez a la semana y la “bandeja” (*tmhwy*), de la que cualquier necesitado, sobre todo los extranjeros, podían recibir una porción diaria. No obstante, solo aquellos que no tuvieran suficiente alimento para dos comidas al día podían solicitar esta caridad.

El ministro de la sinagoga (en arameo *hzn hknst*, *hazán* o *chazán ha-keneset*, y en griego *yperetes* o *diachonos*) tenía la tarea de preparar los textos sagrados para el servicio y volverlos a su lugar una vez finalizado el culto. Además, se encargaba de anunciar el comienzo y el final del *Shabbat* al toque de trompeta. En realidad, sus tareas eran muy variadas, desde azotar a los condenados a enseñar a leer a los niños.

La tarea de lector de las escrituras, orante o predicador (*slyh shwr*) era llevada a cabo por una a tres personas de la comunidad, también podía recaer en alguien destacado que estuviera de paso. Es de este modo como Jesús pudo leer las Escrituras y predicar en muchas ocasiones durante sus visitas por las poblaciones judías. Sin embargo, los archisinagogos solían evitarse problemas eligiendo para esta tarea tan solo a los ancianos.

En poblaciones estrictamente judías, la institución de la sinagoga acaparaba todos los poderes. El poder religioso conllevaba asociado la autoridad en cuestiones cívicas y legales, puesto que los judíos no distinguían entre una y la otra.

Cuando un miembro se negaba a someterse al ordenamiento legal religioso, habiendo pasado por una serie de advertencias, los ancianos deliberaban y tomaban la decisión de excomulgarlo o excluirlo de la congregación. Había dos tipos de sentencias en este sentido: la *nidduy* o *sammatta* (exclusión temporal, con la posibilidad de una readmisión) y el *herem* (excomunióon perpetua), lo que representaba una exclusión social, pero no un castigo físico. La persona quedaba marcada para siempre, marginada y bajo sospecha, lo que hacía que dejara finalmente su lugar de origen y cambiara con frecuencia de domicilio. Esta pena le impedía la entrada a la sinagoga: el peor de los castigos para un judío. Este correctivo aparece mencionado en Lucas 6:22 como una acción que los discípulos de Jesús tarde o temprano vivirían: “Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, os aparten de sí, os insulten



y desechen vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre”. La palabra “aparten” es el griego *aphorisōsin* (*aforizō*), que significa ‘excluir’ o ‘dejar fuera del límite’, utilizada para mencionar la excomulgación perpetua de las sinagogas. Por otra parte, pasajes como Juan 9:22, 12:42 y 16:2 tienen expresiones como *aposynagogon poiein ginesthai* (‘debe ser expulsado de la sinagoga’).

El edificio donde se reunían se llamaba *bet kenestet* (*byt hknst*) o *synagogé* y *proseuché* (‘casa de reunión’) en griego. Existen otras designaciones menos comunes, como *proseuchterion* y *sabbatherion*. Sobre su localización, Schurer nos comenta: las sinagogas se construían preferentemente fuera de las ciudades y cerca de la orilla de un río o junto al mar, de forma que todos pudieran realizar la ablución prescrita antes de participar en el culto. En la literatura rabínica no hay indicios de esta costumbre, aunque son confirmadas por otras fuentes. Algo que sí mencionaban los rabinos era que debían construirse en el punto más alto de la ciudad. Si ambas costumbres entraban en conflicto, se daba prioridad al acceso al agua (como en la sinagoga que actualmente se conserva en las ruinas de Cafarnaúm, próxima al lago Tiberíades), o bien se construían dos sinagogas (como en Giscala, donde se hallaron restos de una sinagoga en lo alto de una colina y otra a sus pies, cerca de un manantial). Las dos únicas ruinas de sinagogas que se sabe datan de la época de Jesús son las de Masada y Herodium. Las demás, se construyeron a partir del siglo III d. C. La sinagoga de Masada era un rectángulo de 15 x 12 m con dos filas de columnas y con el pavimento de yeso gris. Se entraba por el muro este y solo se podía llegar a la sala principal a través del atrio. La de Herodium era algo similar.

Las sinagogas contaban con un asiento honorífico para el archisinagogo, conocido como “sede o cátedra de Moisés” (en arameo *qtdr dmst*, en griego *Moyseos cháthedra*). Además de este asiento, las sinagogas de la época de Jesús contaban con exedras, pronaos y períbolos que contenían inscripciones, dedicatorias y ofrendas votivas, igual que en el atrio del Templo de Jerusalén. Además, contaba con un *ypaithros* (campo), una fuente, un patio, un comedor y pórticos. Todavía existen dudas de cuánto de todo esto formaba parte de las sinagogas de la época de Jesús, aunque sí podemos saber que en aquel tiempo estaba tajantemente prohibido hacer representaciones figurativas de animales u hombres, sin importar si se trataba de una parte o de toda la representación. Por ende, no podemos esperar que las sinagogas de ese tiempo estuviesen muy adornadas; tal vez se limitaban a vestir los símbolos del judaísmo, como la menorá, el shofar, el lulab, el etrog y el Magen David. Solo más tarde cambió esta actitud hacia las artes plásticas en el mundo judío.

Es probable que, a causa de la importancia institucional de las sinagogas, haya habido al menos una en todas las ciudades judías, incluso en las más pequeñas. En las ciudades de Jerusalén, Alejandría y Roma (las grandes urbes) hubo sin duda unas cuantas (tal vez 7 en Jerusalén). Cuando en una ciudad había más de una sinagoga, se la solía distinguir por un emblema. En Seforis, por ejemplo, se habla de una sinagoga de la vid (*knyst dgwpn*), y en Roma, la sinagoga del olivo (*synagogé elaias*).



En cuanto al mobiliario era muy simple. El principal objeto era el arca (*tybh* o *rwn*) en el que se guardaban los rollos de la Torá y otros libros sagrados. Estos estaban envueltos en lienzos de lino (*mtphwt*) y cerrados en un estuche (*tyq* o *téche*). Además, estaba el estrado desde donde hablaban los lectores y predicadores (*bymh* o *béma*, la tribuna), en el que se hallaba colocado un atril amplio para hacer descansar los pesados rollos. También debemos tener en cuenta las lámparas, ya que en algunas celebraciones se hacía uso del simbolismo de las luminarias, por lo que no resulta extraño que las hubiera. También se usaban los cuernos (*swpwt*), que se hacían sonar el día de Año Nuevo, y trompetas (*hswsrwt*), que se usaban los días de ayuno, y al comienzo y final de cada sábado como señal de aviso.

## 11. Los escritos religiosos

El libro sagrado judío llamado la Torá no es más que los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, llamados en griego “Pentateuco”. En el caso de los judíos, la Torá se divide en párrafos (*parashiot*) y no en versículos. Los cinco libros referentes a Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio son conocidos por sus nombres originales: Bereshit, Shemot, Vayikra, Bemidba y Devarim. A su vez, Bereshit es el primer libro del Tanaj (el conjunto de los 24 libros del canon judío).

Dentro del Tanaj tenemos además libros como el Neviim o Profetas, el cual se divide en tres partes: Josué, Jueces, 1 y 2 de Samuel (un solo libro) y 1 y 2 de Reyes (un solo libro), conocidos como los primeros libros mayores de los profetas. La segunda sección del Neviim son los últimos libros mayores de los profetas: Isaías, Jeremías y Ezequiel. Por último, cierra la sección con los libros de los doce profetas menores, pero que son considerados como un único libro: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías.

Por último, tenemos la tercera sección del Tanaj, el Ketuvim (‘Escrituras’). El Ketuvim cuenta con un total de 11 libros. Estos a su vez se dividen en tres secciones: los Libros de la Verdad (*Sifrei Emet*), compuesta por Salmos, Proverbios y Job; el *meguillot* o cinco rollos, los cuales son leídos en las festividades judías: Cantar de los Cantares, Rut, Lamentaciones, Eclesiastés y Ester; y los libros históricos de Daniel, Esdras y Nehemías (los dos últimos recopilados en un solo libro llamado Ezra) y 1 y 2 Crónicas (un solo libro).

A los 24 libros sagrados del Tanaj se le consideran protocanónicos, y representan todo el Canon Palestinense.

Debemos hacer una aclaración importante al respecto: el canon hebreo (Tanaj) fue establecido en el sínodo de Yamnia del año 100 d. C., según la tradición rabínica, por lo que prácticamente no incide en el contexto del Nuevo Testamento.



En el siglo I se usó el canon alejandrino, establecido por la traducción de las Escrituras al griego en Alejandría, la que se completó a finales del siglo I a. C. con el libro de Sabiduría.

Luego del Tanaj y la Torá (incluida en la primera), tenemos la Mishná, la que no trataremos a profundidad por ser posterior al siglo I. Según los judíos, allí se refleja la segunda parte de la ley de Moisés, la que se conservó de generación en generación hasta que apareció el rabino Yehudah Hanasí por los años 220 y las recopiló de manera escrita. Parece ser que las tradiciones registradas en la Mishná van desde antes del asedio de Jerusalén, por el 536 a. C, hasta la caída del Templo de Herodes en manos de los romanos en el año 70. La mayor parte de la Mishná está escrita en hebreo, sin embargo, pueden encontrarse en algunas partes escrituras en arameo.

Lo mismo sucede con el comentario y análisis de la Mishná, llamado Guemará. La Mishná y la Guemará forman juntos el Talmud, pero este libro no fue utilizado en el contexto del Nuevo Testamento.

Un libro muy reconocido por la corriente cabalista judía es el *Zohar*. A pesar de que se cree que es anterior al Talmud (escrito por Shimon bar Yojai en el siglo II), no corresponde al contexto del Nuevo Testamento.

Como podemos ver, la literatura judía se amplió sobre todo a partir del siglo II, por lo que en la época de Cristo y los apóstoles se contaba con las escrituras hebreas no canonizadas, la Septuaginta y las tradiciones orales de los rabinos, sobre todo escritos de la escuela de Shammai y Hilel.

El siglo I sería, sin embargo, un tiempo de génesis y crecimiento sin par de la literatura cristiana, la cual iba a la par con la literatura gnóstica, que se extendía también entre los gentiles.

## 12. La Septuaginta

Aunque muchos lo aseguren, el impulso de Tolomeo, rey de Egipto, de traducir las escrituras hebreas al griego, no tenía nada que ver con aumentar el valor histórico de la Biblioteca de Alejandría, sino de brindar a los judíos alejandrinos, que por cierto representaban una gran comunidad, su propio código legal para la resolución de los conflictos locales que ocurrían entre ellos. Algo muy parecido ya había hecho Darío I con los egipcios. Sin embargo, esta traducción no se da hasta el Gobierno de Filadelfo II, el que no permitió que funcionase como una ley local, sino tan solo con un fin litúrgico para proteger las tradiciones judías que, poco a poco, iban perdiendo la lengua hebrea.

Los judíos del siglo III a. C. habían adoptado la cultura tolemaica y su idioma, pues se veían rodeados por ella. Tanto esta cultura como su lengua ya eran universales.

Alejandría era una ciudad de mucha erudición: la traducción y la crítica textual era algo del día a día. Fue en ese entorno que los traductores hebreos utilizaron un griego cotidiano, lo que permitió a todos los judíos helenísticos utilizar esa traducción como Escritura: las palabras de Dios a Moisés, pues



los primero cinco libros fueron los primeros en ser traducidos. Con los años se tradujeron otros (se cree que el último, Sabiduría, pudo haber sido terminado en la época de los Macabeos).

Cuando hablamos de la Septuaginta debemos dejar de lado toda leyenda vinculada a 72 ancianos traductores que, trabajando por separado, obtuvieron una revelación milagrosa; lo que por cierto da el nombre a esta versión.

Los evangelistas no solo relataron la obra de Jesús, sino que además recogieron su interpretación de sus palabras y su uso de las Escrituras, sobre todo a partir de la traducción griega, a pesar de que su lengua materna fuera el arameo. Esto nos da a entender que Jesús hablaba o entendía el suficiente griego como para interpretar los pasajes de la Septuaginta. El evangelista Mateo era sin duda de origen judío, por lo que se podría esperar en el Evangelio un uso de la versión hebrea de las Escrituras, sin embargo, sabemos que utilizó revisiones griegas sobre las Escrituras hebreas de esa época.

Debemos considerar que tanto los evangelios como los demás libros del Nuevo Testamento fueron escritos en griego, por lo que una versión como la Septuaginta les evitaría hacer una traducción directa del hebreo (la idea de Papías de que el texto de Mateo fue escrito en hebreo o arameo y luego traducido al griego es absolutamente insostenible).

Por otra parte, no hay razón para que Marcos y Lucas conocieran las Escrituras hebreas. Como Marcos fue el primer evangelista en escribir, tanto Mateo como Lucas tomaron muchas de sus citas, dejándolas en su forma griega, con ligeros cambios para acomodarlas a su contexto. A su vez, aunque Eusebio, y otros autores del segundo siglo de la era cristiana, dieron a entender que Marcos era un intérprete del apóstol Pedro, registrando todo lo que el apóstol recordaba, no hay un absoluto consenso al respecto. Si bien esta teoría podría ser cierta, se cree que, de todas formas, Marcos respaldó las citas de Jesucristo con la versión griega de las Escrituras. Por ejemplo, en Marcos 7:6-7, Marcos pone en boca de Jesús Isaías 29:13, respecto a aquello que impedía al pueblo presentar un culto verdadero. Es claro aquí que la noción de Marcos deriva de la Septuaginta, la cual dice que el pueblo estaba obsesionado por la tradición y doctrina humana:

*“Jesús les contestó: Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, según está escrito: ‘Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me dan culto enseñando doctrinas que son preceptos humanos’”.*

Si leemos Isaías 29:13 en la versión LXX podemos ver claramente que fue la utilizada por Marcos:

*“El Señor dice: Este pueblo viene a mí; me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí y en vano me adoran, enseñando preceptos y doctrinas humanas”.*

No obstante, las Escrituras hebreas daban a entender que el pueblo no podía presentar culto verdadero porque trataba de cumplir tan solo con los aspectos formales de la religión:

*“Dice el Señor: Este pueblo me alaba con la boca, y me honra con los labios, pero su corazón está*



*lejos de mí y el culto que me rinden es puro precepto humano, simple rutina”.*

Podemos ver que existe en la versión hebrea una mayor defensa de la tradición que en la versión griega utilizada por Marcos.

En el Evangelio según Lucas se aprecia un claro ejemplo del uso de la Septuaginta en Lucas 4:18, cuando Jesús lee el rollo de Isaías, para declarar que su ministerio consiste, entre otras cosas, en dar vista a los ciegos, lo cual no aparece en la versión hebrea de Isaías 61:1. Comparemos la cita de Lucas con Isaías 61:1 de la LXX:

*“Le entregaron el libro del profeta Isaías y, al desenrollarlo encontró el pasaje donde está escrito: El espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a proclamar la liberación de los cautivos y dar la vista a los ciegos, la libertad a los oprimidos” (Lc. 4:18)*

*“El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido; me ha enviado para anunciar la buena noticia a los pobres, para curar a los de corazón destrozado, para proclamar libertad a los cautivos y recuperación de la vista a los ciegos” (Is. 61:1, LXX).*

Ahora, veamos que dice la versión hebrea de Isaías:

*“El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena nueva a los pobres, para curar los corazones desgarrados, y anunciar la liberación a los cautivos, a los prisioneros la libertad”.*

Por si no lo has notado, Lucas da un paso más, pues agrega una frase que no se encuentra ni en la versión griega ni en la hebrea: *“libertad a los oprimidos”*. Aunque esta frase parece ser muy similar a *“a los prisioneros la libertad”* de la versión hebrea, son expresiones muy distintas, por lo que es seguro que Lucas no estaba leyendo el texto hebreo. Sabemos que Lucas tomó esta frase de Isaías 58:6 y la insertó en la cita de Isaías 61:1. La intención de Lucas era anunciar la misión de Jesús como libertador de los pobres y oprimidos, lo que más adelante vinculó con el arrepentimiento de los ricos opresores (Lucas 16:19-31).

En el Evangelio según Juan, el escritor muchas veces modifica la cita de la Septuaginta (aunque tal vez se tratara del uso de una revisión posterior de esta versión), pero otras veces cita de manera directa. Por ejemplo, en Juan 1:23, el evangelista cita el pasaje de Isaías 40:3 de una versión griega, pero con alguna modificación en su mensaje. El texto de Juan dice:

*“Aplicándose las palabras del profeta Isaías, se presentó así: «Yo soy la voz del que clama en el desierto: ‘Allanad el camino del Señor’”.*

El pasaje citado (Isaías 40:3) en la versión Septuaginta dice:

*“Voz del que grita en el desierto: ‘Preparad el camino del Señor. Enderezad las sendas de nuestro Dios’”.*



Al leer a continuación la versión hebrea no te cabrá duda de que la cita proviene de la Septuaginta:

*“Una voz grita: ‘En el desierto preparad un camino al Señor, allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios’”.*

Sin embargo, también debemos considerar que Juan no pretende ser literal en la cita, pues el objetivo era mostrar a Juan el Bautista aplicando las palabras de Isaías a su propia persona. En este sentido, bastaba con que sus oyentes comprendieran el mensaje.

Es claro hoy en día que Juan utilizó versiones posteriores de la Septuaginta. Esto puede verse con claridad en la cita de Zacarías 12:10:

*“Mirarán al que traspasaron”.*

La Septuaginta dice:

*“Me mirarán porque han danzado de forma triunfal”.*

Teodoción, en su traducción, notó un cambio provocado por un traductor griego que malinterpretó el hebreo, por lo que mejoró la traducción. La versión de Teodoción es la que utiliza Juan en este pasaje.

En los Hechos de los Apóstoles podemos esperar, así como en el Evangelio de Lucas, el uso de la Septuaginta. En el Concilio de Jerusalén, Santiago da validez a las palabras de Pedro de cómo Dios incluye a los gentiles, citando el pasaje de Amós 9:11-12. Aquí vemos claramente el uso de la Septuaginta. Comparemos el pasaje de Hechos 15:15-18 con la versión griega y luego con la hebrea:

*“Esto concuerda con las palabras de los profetas, pues está escrito: Después de esto volveré y restauraré la tienda de David, que estaba destruida. Repararé sus ruinas y la volveré a levantar, para que el resto de los hombres busque al Señor, junto con todas las naciones sobre las que se ha invocado mi nombre. Así lo dice el Señor que realizó estas cosas anunciadas desde antiguo” (Hch. 15:15-18).*

*“Aquel día levantaré la tienda de David que está caída y reconstruiré sus ruinas y repararé su destrucción, y la reconstruiré como en tiempos antiguos, para que el resto de los hombres y las naciones sobre las que se ha invocado mi nombre me busquen. Dice el Señor que hace estas cosas” (LXX).*

*“Aquel día levantaré la choza caída de David, repararé sus brechas, levantaré sus ruinas y la reconstruiré como en los tiempos antiguos. Para que conquisten el resto de Edom y todas las naciones en las que se invoca mi nombre. Oráculo del Señor” (hebrea).*

En el contexto de la versión hebrea, el oráculo se centra en cómo se beneficiará el pueblo de Israel cuando herede Edom y el resto de las naciones. Sin embargo, el enfoque de la Septuaginta es distinto: los gentiles buscan al Señor. Sin duda, esta versión respalda mucho más la misión a los gentiles y la actividad misionera de la Iglesia Primitiva.

Todos conocemos bien el pedigrí de Pablo de Tarso. Podía acudir a la versión hebrea de las Escrituras, sin embargo, parece haber encontrado en la Septuaginta una mejor versión para comunicar su mensaje (y eso que se cree que Pablo no hablaba tan bien el griego como el arameo). O tal vez su



uso del griego era a causa de que la literatura, en el contexto de la liturgia y el estudio, abundaba en sus versiones griegas, y la versión griega de las Escrituras estaba muy extendida.

Por ejemplo, en Romanos 2, Pablo condena a los judíos como pecadores y les muestra su necesidad de ir a Cristo. En los versículos 17 al 24, les dice que se han ocupado tan solo en cumplir la ley. En el versículo 24, cita el pasaje de Isaías 52:5 en la versión Septuaginta, con el fin de remarcar una expresión: *“por vuestra causa”*. La Septuaginta intenta subrayar que el exilio de Israel se debió a la desobediencia del pueblo. Pablo toma esta expresión para anunciar que el pueblo de Israel sigue en el exilio hasta que no acepte a Cristo. Comparemos las siguientes versiones:

*“Pues como dice la Escritura: ‘Por vuestra causa el nombre de Dios es ultrajado entre los paganos’”* (Ro. 2:24).

*“Esto dice el Señor: Os admirabais y gemíais porque mi pueblo fue tomado gratis; esto dice el Señor. Por vuestra causa mi nombre se blasfema continuamente entre las naciones”* (Is. 52:5, LXX).

*“Pero ahora, ¿qué es lo que veo? Oráculo del Señor. Se han llevado a mi pueblo por nada. Sus opresores dan gritos de triunfo, oráculo del Señor, y ultrajan mi nombre sin cesar”* (hebreo).

Otro ejemplo lo vemos hacia el final de la epístola, donde Pablo advierte a los cristianos que no juzguen, sino que se ayuden unos a otros y vivan en una comunión pacífica. Pablo cita Isaías 45:23 en Romanos 14:11, pero en vez de citar, como dice la versión hebrea, *“que toda lengua jure”*, prefiere usar las palabras de la Septuaginta: *“toda lengua reconocerá a Dios”* (o dará gloria).

*“‘Por mi vida’, dice el Señor, ‘que ante mí se doblará toda rodilla, y todos darán gloria a Dios’”* (Ro. 14:11).

*“Juro por mí mismo: [...] pues toda rodilla se doblará ante mí y toda lengua reconocerá a Dios”* (Is. 45:23, LXX).

*“Por mí mismo lo juro: [...] ‘Ante mí se doblará toda rodilla, por mí jurará toda lengua’”* (hebreo).

También Pablo recurre a las revisiones griegas en las dos Cartas a los corintios. En 1 Corintios 15:54, Pablo cita Isaías 25:8 en una versión muy semejante a la de Teodoción: *“la muerte ha sido vencida”*. Con esta interpretación de Isaías, Pablo podía plantear que Cristo había vencido a la muerte, por lo que los creyentes corintios también habían triunfado sobre ella. Comparemos ahora las cuatro versiones:

*“Y cuando este ser corruptible se vista de incorruptibilidad y este ser mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que dice la Escritura: ‘La muerte ha sido vencida’”* (1 Co. 15:54).

*“... la muerte ha sido vencida”* (Is. 25:8, Teodoción).

*“La muerte ha prevalecido”* (LXX).

*“Destruirá la muerte para siempre”* (hebreo).

Saliendo de las cartas atribuidas a Pablo, vayamos al libro de los Hebreos, donde el autor ejerce un



uso evidente de la Septuaginta. En el libro de Hebreos hay por lo menos 36 citas explícitas y unas 24 alusiones a pasajes en la versión griega. El autor de esta carta cambia continuamente las citas, por lo que cuesta compararlas con cualquiera de las versiones de la Septuaginta.

En la versión de la Septuaginta de Génesis 47:31, en las palabras de despedida de Jacob a su hijo José, la palabra hebrea “lecho” fue interpretada como “bastón”, pues ambos sustantivos comparten una misma raíz (*mth*). Hebreos 11:21 cita de la Septuaginta:

*“Por la fe, Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José y adoró a Dios apoyándose en la empuñadura del bastón de José”.*

Aunque lo que el autor de Génesis 47:31 quiso decir fue:

*“Jacob añadió: ‘Júramelo’. José se lo juró, e Israel se dejó caer en la cabecera de la cama”.*

Siguiendo con los libros del Nuevo Testamento, la primera carta de Pedro, a pesar de su brevedad, tiene más alusiones al Antiguo Testamento que ningún otro libro del Nuevo Testamento, sin embargo, ninguna de ellas puede explicarse en una versión hebrea. Por ejemplo, Pedro utiliza el Salmo 33 según la versión Septuaginta. Finalmente, el Apocalipsis de Juan, aunque no contiene citas del Antiguo Testamento, alude a muchas de ellas. El griego de Apocalipsis tiene mucho de lenguaje semítico, pero también del griego de la Septuaginta, por lo que se cree que puede resultar una excepción a la regla, es decir, que podría haber utilizado ambos textos.

### 13. Grupos sociorreligiosos

En el siglo II a. C. se desató la revuelta de los Macabeos como respuesta al intento de helenización de los seléucidas, quienes pretendían exterminar la religión hebrea a través de la prohibición de la circuncisión, entre otras políticas. Los seléucidas colocaron estatuas de adoración a sus dioses por todo Palestina y prohibieron los sacrificios judíos.

Sin embargo, la revuelta macabea tuvo éxito: el templo fue purificado y dedicado nuevamente a Dios, iniciándose el nuevo Gobierno de los asmoneos, los descendientes de la familia macabea.

Los asmoneos, por su descendencia levítica, fueron los encargados de ocupar el puesto de sumo sacerdotes, aunque algunas veces también se proclamaron reyes (algo guardado para la tribu de Judá, no de Leví). Es en ese período que aparecen dos partidos: el partido saduceo (nombre que proviene de Sadoc, un sumo sacerdote del que se consideran herederos). Los saduceos estaban vinculados con la casa sacerdotal y aristocrática que influenciaba sobre el templo, además, solían hacerse con las tierras de Judea.

Por otra parte, aparece un partido que posteriormente se convertiría en los tan conocidos fariseos: los asideos (*hasidim*, ‘piadosos’). Se trataba de un partido más cercano al pueblo que tenía como



propósito incentivar la observancia de la ley y desarrollar una piedad de acuerdo con las enseñanzas de la Torá. Los asideos y, posteriormente, los fariseos (‘apartados’, *parús*; o ‘santos’, *qadós*) querían alfabetizar a todo el pueblo, teniendo mucha influencia en las sinagogas.

El partido fariseo era el partido popular, siendo perseguido por los asmoneos hasta que, en el siglo I a. C., la reina Alexandra los integró al Sanedrín. Los fariseos siempre lucharon contra la corrupción en el Gobierno, muchas veces oponiéndose a los saduceos, como sucedió en el conflicto entre Aristóbulo e Hircano.

En el tiempo de Jesús, los conflictos entre saduceos y fariseos eran más bien teóricos. Por ejemplo, los fariseos creían en la resurrección final de los muertos y en el castigo eterno de los malvados. Esta resurrección era la esperanza farisea de que Dios intervendría, en el tiempo del Mesías, para restaurar a Israel (incluyendo las generaciones pasadas), sin embargo, los saduceos eran materialistas: no creían en nada que procediera a la descomposición de la materia. Otro tema de discusión radicaba en los libros considerados sagrados. Los saduceos no creían en ninguna Escritura que no fuesen los primeros cinco libros de Moisés (la Torá), sin embargo, los libros proféticos eran muy importantes para los fariseos, entre otros escritos. Un tema no menor era la creencia de los fariseos en los ángeles y demonios, asunto que los saduceos tomaban como simples leyendas. Por último, el tema de la predestinación. Aunque los fariseos creían en la predestinación, consideraban la libertad humana (al igual que los esenios). No obstante, los saduceos tomaban la realidad como “lo que debía ser”, aceptando todo acontecimiento como correcto. Podríamos decir que los fariseos estaban entre los esenios (que daban mucho peso a la voluntad humana y a los cambios que esta podría producir en la historia) y los saduceos (quienes no creían que ningún acto humano influyera en la voluntad divina: “Si Dios quiere que pase algo, Él mismo hace que suceda”); es decir, luchaban por hacer el cambio, mientras esperaban la intervención divina. Además, creían que la intervención de Dios sobre Israel dependería exclusivamente de la fiel observancia que Su pueblo hiciera de la ley.

Sin duda, los fariseos eran el grupo más sobresaliente en la época de Jesús. El nombre de “apartados” o “santos” promulgaba su pertenencia a la verdadera comunidad mesiánica, la primera en ser salvada el día del juicio. Los fariseos, a diferencia de los saduceos, no eran personas enriquecidas, al igual que los escribas. Es más, los fariseos pertenecientes al Sanedrín eran además escribas. Es por este motivo que, por momentos, las palabras “escribas” y “fariseos” podían ser sinónimas en los tiempos de Jesús. De todas formas, a pesar de la sinonimia, no era lo mismo ser escriba que fariseo, sino que existen claras diferencias. En primer lugar, no todos los escribas eran fariseos, aunque los fariseos influyentes sí fueran escribas (como fue el caso de Nicodemo, Gamaliel o Hilel). Además, algunos escribas, aunque no muchos, pertenecían a los saduceos.



Los fariseos se agrupaban en *haburot* (comunidades) cerradas. Para ser fariseo debías pertenecer a alguna de estas *haburah* ('asociación'). Las reglas para pertenecer a alguna de estas comunidades consistían en un período de prueba: la observancia durante un tiempo de la conducta de la comunidad respecto a la pureza y el diezmo, y la promesa delante de un escriba de cumplir sin excepción con estos mandatos, aunque en general los miembros de una *haburah* no eran escribas. Luego de aprobado el ingreso, podías ser un *haber* ('miembro') de una *haburah*. Los *haburot* solían reunirse los viernes por la tarde para celebrar una comida juntos. Un gran número de sacerdotes eran fariseos, también había miembros del clero, quienes comúnmente eran los más comprometidos con las exigencias fariseas respecto a la pureza, seguramente por estar asociados al templo. Sin embargo, la mayoría de los fariseos eran laicos, comerciantes artesanos y campesinos, que se asociaban al partido.

A pesar de representar el grupo religioso más grande entre los judíos, no eran demasiados: entre 6000 y 7000 en toda Palestina, sin embargo, solían comportarse con dureza y soberbia para con el "pueblo del país" (*ammé ha'ares*), quienes no cumplían con los requisitos fariseos, es decir, los mandamientos del verdadero Israel, como ellos se consideraban a sí mismos. Las comunidades fariseas tenían mucha semejanza, en su organización y admisión, con las esenias; no en vano se desarrollaron en la misma época. El escriba inspector de los fariseos, llamado *arconte* (encargado de examinar al candidato) tenía su paralelismo en el *mabaqker* de los esenios.

Más allá de su ego, tenían muchos fines de interés público y hacían muchas obras de beneficencia. Su comportamiento se basaba sobre todo en tres principios básicos: la pureza, la observancia de la ley y las obras de caridad.

La pureza farisea radicaba no solo en acciones puras, sino sobre todo en no contaminarse. Consideraban esencial separarse de aquellas personas que, por alguna razón, contraían impureza ritual. Se relacionaban solo con personas fariseas, por lo que se encerraban en sus propias comunidades, evitando el contacto con el pueblo. Los *haber* no entraban en las casas de la plebe (*am ha'ares*) ni los aceptaban como huéspedes, a causa de la impureza que podían albergar sus ropas. La observancia de la ley llevaba a los fariseos a interpretar de manera estricta la Torá, siendo el partido más extremista a la hora de aplicar sus preceptos de manera detallada. Con respecto a las buenas obras, era una forma de evitar el juicio de los malvados y ser parte de los resucitados en el reino mesiánico. Su salvación estaba respaldada por sus buenas obras.

Los saduceos, por su parte, se originan en la división producida en la época de los Macabeos. Las principales familias patricias de Jerusalén, la nobleza del campo y buena parte de la aristocracia sacerdotal que componía el Sanedrín eran saduceos.

Los saduceos ocuparon un lugar importante en la historia de Israel, sobre todo en el período que va desde los asmoneos hasta las guerras judaicas.



A partir del reinado de los asmoneos, el judaísmo se vio influenciado por tendencias helenísticas y babilónicas. Podría decirse que los saduceos eran liberales en un sentido y muy conservadores en otro. Eran muy abiertos en lo que respecta a aceptar entre los judíos una vida al estilo griego, sin embargo, eran muy celosos en lo que atañe a la conservación del estatuto religioso vinculado al templo.

Los saduceos, al igual que los fariseos, eran un grupo organizado. Aunque eran menos que los fariseos, ocupaban puestos de mayor poder, además de ser más adinerados.

Poseían una *halaká*, es decir, una tradición que se basaba en la interpretación de las Escrituras. El *halaká* debía ser seguido como norma de conducta. La pertenencia al grupo de los saduceos era más estricta que la de los fariseos, sobre todo por considerarse un partido aristócrata.

Los saduceos negaban una cantidad de doctrinas que casi no aparecen en la Torá, los únicos libros reconocidos por ellos. Solo les interesaba lo tocante a las prescripciones concernientes al culto y al sacerdocio. En cuanto a la pureza, se limitaban a obedecer las normas morales establecidas en los primeros cinco libros de Moisés, por lo que sus costumbres eran más relajadas, exceptuando las de los sacerdotes.

Rechazaban todo aspecto profético de los círculos de los asideos o esenios, oponiéndose al desarrollo de la apocalíptica y la escatología. La salvación saducea consistía tan solo en el acto de la purificación y la pertenencia al pueblo de Israel. Solo podían aceptar una versión terrenal del hombre, rechazando la idea de la existencia del alma y la resurrección de los muertos, la cual consideraban de origen persa. Todo lo que rechazaban lo respaldaban con la siguiente frase: “¡No está en la ley!”. La parte oscura de los saduceos era que, precisamente la ley señalaba penas mucho más crueles para los infractores, un código penal que era aplicable a la situación de un pueblo aún no organizado y que vagaba por el desierto, pero que muchas veces era tomado como exagerado en un sistema ya establecido y con un poder organizado. En esto también se diferenciaban de los fariseos, quienes intentaban adaptar el código penal de la Torá a su realidad, suavizando así las condenas.

Los esenios (*eseos* o *essenoi*) eran un grupo religioso que se separó de los asideos en la época macabea. Se cree que eran unos 4000 en toda Palestina, sobre todo en las provincias de Judea y Galilea.

Vivían apartados en comunidades rurales, lejos de las ciudades. Su estilo de vida tenía una gran semejanza con los pitagóricos: organizados en comunas, compartían las tierras y las propiedades, practicaban la abstinencia, la modestia, la autodisciplina, la discreción y la pureza espiritual y corporal.

Al igual que los fariseos y saduceos, estaban muy bien organizados. Los miembros eran registrados según un orden: sacerdotes, levitas, israelitas y prosélitos. La edad mínima para entrar en la congregación era de veinte años.

Al igual que los fariseos, la membresía se obtenía al superar una prueba de admisión, donde el aspirante debía vivir fuera de la comunidad siendo fiel a la ley, para luego pasar por un noviciado de



dos años: en el primer año se le adoctrinaba en los preceptos de la comunidad y, en el segundo año, sus bienes pasaban a ser administrados por la comunidad y era aceptado luego de un solemne juramento. La comunidad esenia se organizaba en millares, centenas y decenas, según su jerarquía dividida en cuatro clases. La orden era dirigida por una comisión de doce miembros laicos y tres sacerdotes. Cada uno ocupaba su puesto, dependiendo de su edad, conocimientos y eficacia. Cualquier falta contra las autoridades se castigaba con rigor.

Los esenios tenían su propia ley penal que enumeraba las faltas entre los miembros.

En lo que respecta a la pureza ritual (lavatorios y baños rituales) eran aún más estrictos que los fariseos. Por otra parte, el bautismo era una práctica obligatoria que se repetía cada año.

Era una comunidad muy unida: comían juntos y compartían los bienes. Practicaban la austeridad y preferían la vida del pobre, usando siempre el mismo vestido y calzado. Todo estaba revestido de sobriedad.

Acostumbraban a no tener esclavos ni a jurar por nada, excepto el día de su admisión a la comunidad. Rechazaban la unción con aceite, se bañaban con agua fría antes de cada comida, y aunque no prohibían el matrimonio, solían vivir célibes.

Un *mabaqer* (escriba inspector) estaba al frente de cada campamento. El *mabaqer* tenían la función de enseñar el sentido de la ley.

Los esenios se autodenominaban “los convertidos de Israel”, “los convertidos del desierto” o “los hombres del consejo de Dios”. Al igual que los fariseos, ellos se consideraban el remanente de Israel que sería salvado al final de los tiempos.

De los partidos religiosos judíos, los esenios eran los más interesados en la escatología, el estudio de los ángeles y los espíritus (el espíritu de la verdad y del error de 1 Juan 4 es obra de los esenios). Creían en la llegada del Mesías y de Elías. Entendían además que el hombre nacía con el espíritu de Dios y que, luego de ser purificado de sus manchas, era renovado por el espíritu santo de Dios, convirtiendo al hombre en “hijo de la verdad” o “hijo de la luz” y, a causa de un tercer espíritu, en “hijo del cielo igual a los ángeles”.

Los esenios son los que más se interesaron en la figura de Melquisedec, el sacerdote rey.

Las *yahad* (comunidades esenias) tenían una alianza particular con Dios. Una vez al año celebraban la Fiesta de la Renovación de la Alianza. Esta no era la única diferencia con el resto de los judíos, sino que además su calendario era solar, por lo que las fiestas esenias se hacían coincidir siempre en los mismos días de la semana. Se oponían a las autoridades del templo de Jerusalén e intentaban no practicar lo que consideraban “costumbres populares”.

Otra secta judía con características similares a los esenios eran los terapeutas. Algunos especialistas creen que se trataba de una variante de esta última. Eran especialmente numerosos en Egipto, sobre todo



junto al río Mareotis, en la ciudad de Alejandría; aunque, seguramente, sus colonias estaban esparcidas por varios lugares.

A pesar de que vivían en comunidades, los varones y las mujeres convivían de manera separada. Al igual que los esenios, abandonaban sus posesiones una vez que entraban a la comunidad, dedicándose un tiempo a la vida contemplativa hasta que se le asignaba alguna tarea. El presidente de la comunidad era el anciano o presbítero. Eran célibes y hacían votos de pobreza, vestían solo dos vestidos: uno para el verano y otro para el invierno, comían poco, se abstendían de la carne y el vino y ayunaban con frecuencia. Oraban al este con la salida del sol y al oeste con la puesta. Celebraban culto los días sábado, donde se pronunciaba un sermón. Al igual que los esenios, la Fiesta de Pentecostés era la más importante para ellos, donde cantaban himnos hasta el anochecer.

También encontramos a los nazareos, quienes constituyen una pequeña comunidad consagrada a Dios. Se les tenía mucho respeto, pues tenían acceso al Santo de los Santos junto al sumo sacerdote. La comunidad compartía todas las cosas y el compromiso con ella era vitalicio, donde se abstendían de toda bebida alcohólica o fruto de la vid (aunque no estuviese fermentado). Debían dejar crecer su pelo y no acercarse a lugares vinculados con algún muerto o cadáver para no ser contaminados y, por ende, excluidos de la presencia de Dios.

El voto nazareo podía también darse por un período de tiempo, finalizando con una purificación de siete días, donde cortaban su cabello, lo quemaban y participaban de algunas ofrendas. Una vez cumplido el voto, podían consumir nuevamente bebidas alcohólicas o el fruto de la vid. Las mujeres también podían hacer este voto de manera voluntaria.

Las ceremonias de admisión se celebraban en cada una de las sedes, pero debían ser completadas en el templo de Jerusalén, por medio de ofrendas y sacrificios.

Se trataba de colonias de personas con mucho conocimiento de las Escrituras, hombres que llevaban una vida rural, casi al estilo de los esenios, y comían del fruto de su trabajo en el campo y la ganadería. Además, los judíos ricos solían hacer contribuciones a la orden. Se cree que la comunidad de nazareos vitalicios no superaba los 300 hombres.

Dentro de los grupos de índole político se encuentran los publicanos. En el siglo III a. C., durante la Segunda Guerra Púnica, el Gobierno romano contrató a sociedades de publicanos. Dada la situación militar, esta empresa impuso sus propias condiciones, incluyendo un seguro marítimo (*publicum periculum*), por lo cual no se hacían responsables de las pérdidas, si las había. Ya en esa época, algunos publicanos comenzaron a abusar de esto, quedándose con mercadería y enriqueciéndose con falsos naufragios. Poco a poco se ganaron su mala fama, al punto de transformar la palabra “publicano” en un insulto popular.



Los publicanos fueron conocidos por cometer fraudes en los contratos públicos romanos, fraudes que solo podían ser identificados cuando eran demasiado grandes.

Según el seguro *publicum periculum*, el Estado se hacía responsable por la pérdida de mercancía. Los primeros fraudes publicanos que se conocen son los registros inflados de las cargas de los barcos, donde se enriquecían a costa del Estado cuando este “reponía” las supuestas pérdidas.

Observemos esta cita de Tito Livio: “*Hi, quia publicum periculum erat a vi tempestatis in iis quae portarentur ad exercitus et ementiti erant falsa naufragia et ea ipsa quae vera renuntiaverant fraude ipsorum facta erant, non casu. In veteres quassasque naves paucis et parvi pretii rebus impositis, cum mersissent eas in alto exceptis in praeparatas scaphas nautis, multiples fuisse merces ementiebantur*” (“... el Estado se había hecho responsable de los suministros destinados a los ejércitos que se perdían por las tormentas en el mar, y estos hombres inventaban historias de naufragios y, cuando no las inventaban, los naufragios de los que informaban se debían a su falta de honradez y no a accidentes. Colocaban cargas pequeñas y sin valor en viejos barcos desvencijados a los que hundían cuando estaban en alta mar, recogiendo a los marineros con botes que tenían dispuestos, y luego presentaban una declaración falsa de la carga, cuyo valor multiplicaban muchas veces sobre el real” [Liv. 25.3.10-11]).

El Senado estaba muy ocupado en la guerra y necesitaba del trabajo de los publicanos, además es probable que muchos miembros del Gobierno romano hayan estado involucrados en estas estafas.

En el 56 a. C. Cicerón señaló que los publicanos podían ser reembolsados por el Estado romano en caso de que perdieran bienes por el ataque de algún enemigo. El político y escritor lo señaló de la siguiente manera: “*Si qui frui publico non potuit per hostem, hic tegitur ipsa lege censoria*” (“... si no puede disfrutar de los ingresos públicos debido a los enemigos, está protegido por la *lex censoria*” (Cis. prov. cos. 12).

La res pública prohibió a los senadores arrendar los contratos públicos, probablemente en el siglo II a. C., para evitar la colusión con las autoridades, con la excepción de los contratos religiosos o los del circo. En el siglo I de nuestra era, la *lex Irnitana* había extendido la prohibición a los magistrados locales, sus ascendientes y descendientes por línea masculina, escribas y *apparitores*. El código municipal prohibía a los jueces aceptar cualquier *donum*, *munus* o *merx* (regalos, intercambios o bienes) de los adjudicatarios públicos para evitar sobornos o comisiones ilegales.

Pese a esto, los senadores fueron descubiertos en varios casos de fraude relacionados a contratos públicos.

Según Cicerón, Cayo Verres, gobernador de Sicilia, utilizó a su favor los contratos públicos, repartiendo beneficios con los recaudadores del diezmo y otros impuestos, es decir, con los publicanos. Era común que los publicanos se asociaran con altos cargos provinciales con el fin de robarle al Imperio. Para esto, falsificaban las cuentas para ocultar las irregularidades.



En el siglo III a. C. hubo varios casos de fraude que fueron llevados a un proceso público (*indictum publicum*), el cual tenía lugar cuando las multas superaban los 3000 ases. Como el proceso civil carecía de legislación vinculada a este tema, se decidió acusar a los fraudulentos según el derecho penal, siendo condenados al exilio.

La sanción por robo sea *furtum manifestum* (hurto) o *bonorum raptio* (rapiña) consistía en el cuádruple (*quadruplum*) de lo que había sido robado; aunque en el caso de los publicanos se había promulgado un edicto que les adjudicaba tan solo el doble (el *duplum*).

Lucas 19 menciona al publicano jefe (*arkhitelónés*) Zaqueo (o Zacarías), que promete devolver el *quadruplum* de todo lo que había robado, con el fin de expresar su arrepentimiento; aunque solo estaba obligado a devolver el *duplum*.

Los publicanos eran considerados impuros por los religiosos judíos y traidores por el grupo de los zelotes, un grupo revolucionario antiimperialista.

Los zelotes fueron un movimiento de resistencia contra la invasión extranjera. Judas el Galileo fue su fundador como una respuesta al censo y la posterior recaudación de impuestos, hechos que coincidieron con el nacimiento y la adolescencia de Jesús.

La resistencia no solo era armada, sino que sus miembros mantenían una doctrina interna como la base para los principios y la unidad de la comunidad. El movimiento se inició en Galilea, aunque fueron conocidos por la agitación en Judea a causa de los impuestos, extendiéndose luego hacia el norte.

Los fariseos desempeñaron un importante papel en sus comienzos. Se dice que fueron los discípulos de Shamai quienes se sumaron a las filas del zelotismo, contrario a los discípulos de Hilel quienes se opusieron al movimiento. A nivel de pensamiento religioso, los zelotes mantenían un punto de vista cercano al de los esenios, sobre todo en lo referente a la escatología. Es posible que, un tiempo después, parte de sus miembros fueran esenios.

Su nombre habla del celo (*zelo*) que tenían por Dios y su pasión por los asuntos escatológicos. Eran visto por los romanos como ladrones y saqueadores. Dentro de los zelotes había pequeños grupos de sicarios (*sica* [un puñal pequeño]) que salían a asesinar a sus enemigos en medio del gentío. Este grupo de asesinos se concentraba sobre todo en la zona de Judea. Estos precisamente fueron los últimos en resistir a los romanos en Masada.

Los zelotes pensaban que el reino de Dios en Israel no era compatible con la dominación extranjera, por lo que luchaban por la absoluta monarquía divina. Estaban dispuestos a sufrir el martirio por su causa, como una forma de expiar los pecados de Israel. Se negaron a obedecer a las potestades terrenas, pues solo obedecían a un Gobierno teocrático.



Defendían la herencia divina e inalienable de la Tierra Santa que poseía Israel, por lo tanto, se oponían a muchos aspectos jurídicos del Imperio.

La irritación del pueblo judío a causa del crecimiento impositivo y la dura recaudación por parte de los publicanos hizo que creciera el número de zelotes; la carga impositiva se veía como un modo de esclavitud, por lo que incitaban al pueblo a luchar por su libertad.

Los conflictos más serios entre zelotes y romanos se iniciaron cuando los primeros comenzaron a asesinar a los recaudadores de impuestos.

La noción que los zelotes tenían de la libertad se basaba en sus ideales escatológicos: la rendición del tiempo final, por la que además oraban a diario. Los zelotes creían que eran responsables de cumplir con los propósitos de Dios para la institución de su reino y la obra total de liberación.

Los zelotes además abominaban cualquier tipo de imagen en todas sus formas, por lo que el culto a los emperadores romanos alejó mucho más a este grupo del Imperio. Muchos de los linchamientos y escándalos producidos por los zelotes eran intentos de oponerse a las profanaciones romanas en el recinto del Templo.

Además, los zelotes eran enemigos de aquellos judíos que trabajaban para el Imperio, que se unían a mujeres paganas o que no estaban circuncidados.

Su política también se oponía a los ricos, como una forma de ganar el favor de los pobres, por lo que las familias de judíos más adineradas no tuvieron más opción que refugiarse en la seguridad romana. La verdad es que la guerra contra los romanos hizo que las pocas tierras que tenían los más pobres fueran quitadas por el Imperio y muchas veces sumadas a las riquezas de los grandes terratenientes.

Otro partido político era el de los herodianos. Los herodianos, al igual que los zelotes, estaban interesados en la expulsión de los romanos de las tierras palestinas, aunque en este caso, su intención era implantar la realeza herodiana. Este grupo se componía de familiares y parientes de la familia real de Herodes. Se trataba de un partido no muy numeroso de judíos por nacimiento que no practicaban el judaísmo, sino que estaban completamente helenizados. El pueblo los respetaba, sobre todo por su alianza con los saduceos. Vivían en una situación de privilegio y riqueza. Los herodianos eran sin duda el partido opositor a los zelotes, pues representaban al partido político de los ricos, sin embargo, se trataba de un grupo con muchísimos menos adeptos.

También habitaban en Palestina los samaritanos, un pueblo mestizo judeopagano que vivía en un pequeño territorio de Judea y Galilea, llamado Samaria. Los judíos despreciaban a los samaritanos. El motivo de su desprecio era que, tras la deportación del reino del Norte de parte de los asirios, una población de cutitas, serfavitos y amatitas habitaron la zona, mezclándose con la población judía del lugar, por lo que habían perdido su pureza racial.



Además, en la época de Alejandro Magno, los samaritanos ayudaron al Imperio macedónico en sus conquistas, por lo que Alejandro les permitió erigir un templo en el monte Gerizim. Herodes el Grande, en un intento de unir a ambos pueblos, desposó a una samaritana, sin embargo, doce años después de la muerte del rey, bajo el procurador Coponio, durante la adolescencia de Jesús, hubo un nuevo pleito el día de la Pascua, cuando los samaritanos, vengándose de una represalia judía, profanaron el templo colocando huesos humanos sobre los pórticos. Esto alimentó aún más la vieja enemistad. Jesús estaba viviendo uno de los tiempos de mayor hostilidad entre ambos pueblos.

Cuando los galileos iban a Jerusalén por motivos de las fiestas, solían evitar Samaria, sin embargo, no siempre era posible, pues el rodeo hacía mucho más largo el viaje y, por lo tanto, más costoso.

Lo cierto es que en el camino por Samaria había incidentes y encuentros sangrientos entre judíos y samaritanos. Los ánimos estaban muy tirantes de ambas partes.

La palabra “samaritano” en boca de un judío era una injuria, además, ambos pueblos repudiaban cualquier tipo de lazo de sangre con el otro pueblo.

Aunque los samaritanos reconocían la ley de Moisés y guardaban sus prescripciones, eran considerados idólatras por los judíos a causa de su adoración en el monte Gerizim. No obstante, si hubiesen querido adorar en Jerusalén no hubiesen podido: las puertas del templo estuvieron cerradas para los samaritanos después de la profanación.

Luego del siglo I, la relación entre judíos y samaritanos fue poco a poco mejorando. Muchos judíos supieron vivir entre samaritanos, y viceversa.